

# LAS ANTILLAS,

## REVISTA HISPANO-AMERICANA,

POLITICA, CIENTIFICA, LITERARIA Y COMERCIAL.

DIRECTORES:

D. JOSÉ COLL Y BRITAPAJA Y D. MANUEL CORCHADO.

AÑO I.

El carácter de esta REVISTA admite todas las manifestaciones de la opinion. La especial de sus directores y redactores constará siempre bajo su firma particular ó la colectiva de *La Redaccion*.

BARCELONA.

10 DE JUNIO DE 1867.

NÚM. 13.

De los artículos de esta REVISTA sólo podrán ser reproducidos, haciendo constar su origen, los científicos y políticos pero no los literarios que ocupen mas de un número.

### EL MAESTRO RAFAEL.

La Sociedad Económica de Amigos del País, establecida en la capital de Puerto-Rico, acaba de añadir un nuevo y brillante título de estimacion pública á los que ya de antiguo habia sabido conquistarse en el desempeño de su mision civilizadora.

No hace mucho elevó un monumento imperecedero á las glorias del arte, conmemorando las del inmortal Campeche, el ilustre pintor puerto-riqueño. Hoy va á señalar un digno premio á la severa virtud, en la persona de uno de sus mas honorables ciudadanos, el maestro Rafael.

¿Y quién es ese maestro Rafael de cuyo aplauso se hacen lenguas los pobladores todos de la hermosa capital? ¿Cuáles son los timbres que tan alto le colocan en el aprecio y estimacion de sus conciudadanos?

Rafael Cordero, vulgarmente conocido por el maestro Rafael, es un negro octogenario de noble espíritu y de grave y hermosa presencia.

Ardiendo siempre en su alma la pura llama del amor al prójimo, dedicóse desde sus mas juveniles años á la enseñanza y educacion de la niñez, mostrando en tan penosa tarea el mas elevado desinterés, el mas constante celo, la mas concienzuda inteligencia.

Diríase, al contemplar el entusiasmo con que aun en el dia dirige el corazon de sus tiernos discípulos, que esa ocupacion es el pasto de su espíritu y que está en ella la inagotable fuente de sus mas inefables dulzuras.

Nada, en efecto, mas interesante que esa vida laboriosa, pero feliz; rodeada de privaciones, pero arullada por los plácidos cantos de esa ventura que solo alcanzan la virtud y la paz de la conciencia. Nada mas grato que la contemplacion de esa figura, rara

por desgracia, que busca el bien suyo en el bien de sus semejantes y halla en las ajenas bendiciones las satisfacciones propias.

¡Oh virtud, tú sola puedes dar parte en esas dulzuras que no se compran con oro, y que encerradas en el corazon del hombre en tesoro inagotable, cuya llave tú guardas, las tiene el hombre á mano con solo llamarte en su auxilio! Mas, ¡ay! cuán pocos son los que invocan tu nombre, ¡oh hermosa depositaria de la verdadera dicha! ¡Cuán pocos son los que sonríen á tus plácidas miradas, á cuyo rayo se abren de par en par las puertas del tesoro!

Mas ¿cómo ese rayo ha de hacerse sensible á la espesa capa de materialismo que envuelve al hombre? ¿Será que siempre habrá de desperdiciar el hombre riquezas que á tan poca costa puede conseguir? ¿Tan raro habrá de ser siempre el espectáculo de la virtud cuando en su ejercicio está ese talisman en pos del cual se afana la humanidad en marcha fatigosa?

Falto de recursos el virtuoso negro, pero convencido de lo importante de su mision; á la misma mesa en que labraba el tabaco, ocupacion con que ganaba su subsistencia y la de su hermana, hacia sentar á multitud de niños de todas clases y condiciones á quienes enseñaba lectura, escritura y doctrina cristiana, rudimentos indispensables de educacion que no proporcionaba entonces el Estado.

Descuidada por completo, de antiguo, en la isla de Puerto-Rico la instruccion pública y sobre todo la enseñanza elemental, la mision que voluntariamente se impuso Rafael Cordero, sin mas móvil de interés personal que la satisfaccion propia del que hace un bien, ha de considerarse como un eminente servicio prestado al país, representacion de una virtud cívica de las mas raras, ya que no está sostenida por el incentivo del aura popular y de la gloria.

Merced al celo y laboriosidad del paciente maestro,

las madres de familia pudieron alejar por algunas horas á sus pequeñuelos del hogar, en que frecuentes veces se malean para siempre, y los vieron crecer fortificados con las hermosas máximas religiosas y sociales que hacia germinar en su corazón el honrado maestro.

Mas no contento éste con recibir á los alumnos que quisieran encomendar á sus cuidados, en los cortos ratos de ocio que sus tareas le dejaban, iba de calle en calle y de puerta en puerta inculcando á los padres la necesidad de dar á sus hijos el alimento del espíritu, sin el cual, creciendo el alma flaca y estenuada, no puede dar jamás los frutos que de ella deben esperarse. A los niños que encontraba al paso entregados á los recreos infantiles, iguales máximas les imbuía, con lo cual, atrayendo su tierno espíritu hácia la idea del bien, conquistaba discípulos voluntarios para su modesta escuela y hacia una provechosa propaganda hasta entonces desconocida en el país.

Es verdaderamente pasmoso que en una época como aquella, en que dormía la instrucción pública en la olvidada isla el pesado sueño de la muerte, un pobre negro, abrumado por las dificultades que engendra la pobreza y marcado con el sello fatal que distingue á su desgraciada clase, haya podido ofrecer un espectáculo tan sorprendente de virtud, abnegación y patriotismo.

Apenas entre los blancos se encontrará hoy en Puerto-Rico algun contemporáneo de Rafael Cordero, que bajo su dirección no haya deletreado en la tradicional cartilla. En su mayor parte son debidos al activo maestro los pocos conocimientos que en la clase de color descubre de vez en cuando el observador tenaz.

El hombre abandonado á sí mismo, que logra vencer, no solamente los obstáculos materiales que le rodean, sino, lo que es mil veces mas difícil, luchando con las preocupaciones de raza tan profundamente arraigadas en la sociedad y especialmente en su país, triunfa esforzadamente de ellas y realiza sus planes humanitarios: ese hombre no puede menos de ocultar un carácter superior que, á haberse desarrollado en otra esfera, se hubiera manifestado quizás al mundo con las creaciones del genio.

Tenia el maestro una hermana que, poseída de sus mismos humanitarios instintos, le ayudaba en su penosa tarea, haciendo para con la niñez del sexo débil, hasta entonces completamente desatendida, lo que él con los varones, mostrando en el cumplimiento de su árduo cometido una actividad é inteligencia comparables solamente á las de su hermano.

No puede negarse que pudo influir notablemente

en el nuevo aspecto que tomó desde entonces la educación de la mujer puerto-riqueña la iniciación de la enseñanza elemental emprendida por tan virtuosa mujer, como influyó, y mucho, en la educación general el trabajo del maestro. Ambos libraron á las madres de la pesada carga de la instrucción primaria que antes habian de desempeñar por sí mismas.

Pero la Providencia habia decretado que en la desventura de la pobre mujer viniera á ponerse nuevamente á prueba el temple del alma del heróico negro. Este supo demostrar que no eran menos ejemplares sus virtudes familiares en el hogar doméstico, que las que habia ostentado en servicio de su país.

Atacada la hermana de una perturbación mental, seguida de una completa parálisis en un miembro, asistiola constantemente por sí mismo el afligido hermano, prodigándola los inefables consuelos de su alma bondadosa por todo el largo tiempo que duró tan afflictivo estado, dividiendo entonces sus cuidados entre la querida enferma, los no menos queridos discípulos y el trabajo ordinario que le proporcionaba el sustento.

¿No es esto llevar ya la abnegación hasta el heroísmo? ¿No es esto la manifestación de un carácter poderoso, capaz de realizar las acciones mas sublimes? Atendida la posición de Rafael Cordero y dados los escasísimos medios que tenia á su alcance, ¿no son sus hechos de esos que en todos los tiempos y en todos los países merecen el aplauso general?

Como se comprenderá desde luego, un hombre que de tal manera se habia consagrado al servicio de sus semejantes, apenas si tendria tiempo para pensar en sí propio; así es que, contento con sus trabajos y privaciones y satisfecho con la elevada recompensa que le daba constantemente su conciencia, no pensó en salir nunca de su estado, ni en abandonar sus hábitos de lucha y laboriosidad.

Permaneció, pues, siempre célibe; siendo lo mas notable,—para que nada viniese á deslucir el conjunto de tan hermosa figura,—que jamás la rigurosa y perpétua fiscalización, propia de las poblaciones reducidas, ha podido descubrir la mas pequeña circunstancia, el mas leve indicio que ponga en tela de juicio la pureza ejemplar de su conducta.

¿Será que el miserable estado de abyección y de desprecio en que se arrastra la infeliz raza, de que Rafael Cordero es una brillante excepción, haya influido en su aislamiento voluntario; ó será que el candor y la honestidad ingénita del virtuoso negro le han mantenido ajeno á las debilidades de la vida material?

No intentaremos averiguarlo, ya que no debe ad-

mirarnos que el que tantas virtudes posee sea también dueño del modelo de todas las virtudes.

Y como la virtud se abre paso por do quiera, sobre todo en los tiempos en que con más rareza se presenta en la tierra, de aquí que, á pesar de las arraigadas preocupaciones de raza á que antes nos hemos referido, el maestro Rafael es universalmente apreciado en Puerto-Rico; las gentes más elevadas no se desdennan de visitar su humilde morada, y todos los vecinos al encontrarle á su paso le dirigen una afectuosa sonrisa de saludo que honra tanto al maestro como al buen carácter de la población puerto-riqueña.

Hace ya algún tiempo, varios de sus antiguos discípulos costearon su retrato, dando así una cariñosa prueba de afecto y de grato recuerdo al respetable anciano que, si tiene la piel negra, ha visto blanquear su cabellera en servicio y utilidad de sus conciudadanos.

Posteriormente, como hemos indicado al principio de esta pobre reseña, se ha presentado una moción—suscrita por numerosas é importantes firmas—á la Sociedad Económica de Amigos del País pidiendo se premien con el título de sôcio de mérito de la misma los eminentes servicios del virtuoso negro.

Nosotros, que creemos interpretar rectamente la intención de los dignos firmantes de la moción viendo solamente en ella el noble deseo de premiar las raras dotes de virtud y patriotismo de Rafael Cordero, al propio tiempo que la manera de estimular tan bellos sentimientos en todas las clases de la sociedad puerto-riqueña, aplaudimos desde lo más íntimo de nuestro corazón la actitud de los Amigos del País, que tan bien legitiman su nombre, y llamamos su atención para que no se limiten á otorgar el título solicitado, sí que extiendan su diligencia á procurar la recaudación de un fondo, merced al cual pueda el buen anciano concluir tranquilamente una existencia tan trabajosa y consagrada de continuo á la piedad, á la virtud y al servicio público.

Si es un precepto evangélico respetable todavía, que «ha de vivir del altar quien al altar sirve,» justo es que la patria cuide, siquiera en sus últimos instantes, del que á la patria ha dedicado todos los instantes de su vida.

Si las acciones honradas han de hallar alguna vez su recompensa ya en vida del que las practica, nada más justo que el país, que ha asistido constantemente al espectáculo de una vida de honradez, corone su desenlace con una acción digna de ella, acción que pruebe al pobre anciano que sus servicios no han caído en pechos olvidadizos é ingratos.

Estamos seguros de que la Sociedad Económica no

se hará sorda á nuestro llamamiento. Ella, que tanto se afana por las glorias de su patria, no querrá sin duda que nadie le dispute la honra de acudir la primera al cumplimiento de tan sagrado deber.

¿No podría abrirse con este objeto una suscripción nacional para que todos pudieran contribuir, con relación á su haber, á la formación del fondo de recompensa?

A la iniciativa de la Sociedad abandonamos la idea, á la que indudablemente dará aquella un carácter é influencia que nosotros no podemos comunicar.

Con el más grato placer del alma enviáramos nuestro humilde óbolo al acerbo comun, así como enviamos nuestro entusiasta saludo al virtuoso maestro Rafael, que tal vez á estas horas ha recibido ya la honrosa y merecida recompensa de la patria.

JOSÉ COLL Y BRITAPAJA.

## EL LUXEMBURGO Y LA GUERRA.

El gran ducado de Luxemburgo es un pedazo de tierra de 175 leguas francesas de superficie. Está colocado entre la Prusia al E. (separado de ella por el Ur, el Sûre y el Mosela), Francia al S., el Luxemburgo belga al O. y el mismo y Prusia al N. Tiene dos divisiones judiciales, 4 administrativas, 12 cantones y 126 municipios. Púebloanlo, 150,000 habitantes. De este número, la mayor parte pertenece á la raza germánica, y el resto á la raza walona. Háblanse en él dos lenguas: una para los usos generales de la vida, y otro para los actos oficiales: aquella es un dialecto alemán; la otra, la lengua francesa.

Este pedazo de tierra, tan falazmente desdeñado por los mismos que tanto lo codician, forma una de las asociaciones políticas más libres que hay en Europa. Deshecho por la República francesa el Imperio germánico á que pertenecía, desde 1795 á 1815 formó parte de aquella el Luxemburgo: colocado bajo la soberanía del rey de Holanda, cuando las potencias aliadas aniquilaron el Imperio francés, logró en 1830 unirse como quería, á las provincias belgas que conquistaron su independencia, y desde esta fecha hasta 1839, estuvo siendo pesadilla de la diplomacia: dividido entonces, la parte de él adjudicada al rey de Holanda intentó más de una vez reivindicar su libertad política, hasta que en 1848 lo consiguió.

La Asamblea constituyente que entonces se formó, declaró á todos los ciudadanos iguales ante la ley, libre al individuo, inviolable el domicilio, abolida la pena de muerte por delitos políticos, inviolable la vi-

da del hombre, y abolida por tanto, la pena capital, libres la conciencia y los cultos religiosos, libre la imprenta, ilegible el derecho de reunion y asociacion, obligatoria la instruccion primaria. El poder ejecutivo está formado por el rey de Holanda ó su delegado, y un Consejo de ministros compuesto de cuatro secretarios. El poder legislativo, por la Asamblea de Estados, formada de 36 miembros. El presupuesto del Estado son 3 millones de francos.

Roto por los triunfos de Prusia el lazo federal que unia á la Alemania, el Luxemburgo recobró su completa independencia.

Averiguar si siendo esto así tiene Prusia el derecho de considerar como fortaleza federal la del gran ducado, y si, anulados los tratados de Viena, siguen teniendo fuerza las estipulaciones subsiguientes, y principalmente las celebradas en 1839, tal es el objeto de la contienda diplomática que ha estado á punto de suscitar un conflicto europeo.

¿Por qué esta sencilla cuestion de derecho internacional ha conmovido violentamente á Europa, intranquilizado á los gobiernos, movido á la cautelosa diplomacia, exaltado los Parlamentos, extraviado el amor propio de dos pueblos, excitado la animosidad de dos razas, avergonzado á la civilizacion que se creia superior á pasiones y á móviles mezquinos, llenado de amenazas é improperios los periódicos de las dos naciones contendientes, visto tantos cambios de política, atemorizado á los pequeños Estados, hecho armar á hurtadillas á los grandes, arriesgado los bienes de la paz, y desanimado á los que creen que el interés supremo de las sociedades es la libertad?

Porque la cuestion que se debatía era sin pretexto, y el fondo de la cuestion está tan hondo que no es posible aproximarse á él sin agitarlo todo.

En este altercado internacional se incubaba, se incubaba todavía una contienda europea. Si la diplomacia ha logrado aplazarla, otro pretexto, otro altercado mas mezquino vendrá mañana á hacerla inevitable.

En donde los gobiernos no han obedecido mas que á intereses territoriales, los pueblos obedecen á intereses mas permanentes y mas vastos.—Guerra de Oriente; guerra de Italia: guerra de Alemania: tres hechos independientes y tres causas, dice el juicio contemporáneo: tres manifestaciones de una misma causa, dirá probablemente el juicio de la Historia: lo que es, para nosotros, lucha de gobiernos ambiciosos, será, para la posteridad, aspiracion de pueblos: los que hoy nos parecen esfuerzos en favor de un equilibrio, ficticio por ser puramente superficial y externo, si presentarán á la historia como envoltura de un equilibrio menos ductil.—Lo que hoy hace el despotismo

de la fuerza, será mañana el fruto del trabajo latente de la libertad y la justicia.

### I.

No es mayor la sorpresa del viajero desprevenido cuando presencia en los Alpes la caída estrepitosa de un alud, que la experimentada por Europa con la presencia inesperada de la cuestion de Luxemburgo.— Como el viajero, asustado, se pregunta: «¿De dónde viene el alud?», se preguntó la sorprendida Europa: «¿De dónde viene esta cuestion de Luxemburgo?» Y como el viajero busca el origen del fenómeno en la nieve circunstante y en las pendientes inmediatas, en vez de buscarla en los montes de nieve de la cumbre, en el lejano ventisquero, en la electricidad aglomerada en las nubes de la cúspide, Europa buscó la causa primera de la cuestion que venia á conmovirla en hechos inmediatos, en negociaciones recientes, en tentativas del momento.

Era un rumor insignificante, y la encogió de hombros: el poseedor del Ducado lo cedia á Francia: ¿qué habia en esto de conmovedor? Todo estaba reducido á un contrato de compra-venta entre un rey-gran duque y un emperador, á unos cuantos millones de francos, y á unos cuantos millones de hombres que se enajenaban: poca cosa para Francia, y Francia volvió la espalda. El rumor persistió, y vino la curiosidad siguiendo á la indiferencia. El sencillo contrato se hizo difícil de repente, porque un tercero arrojaba entre los contratantes su derecho, y entonces estalló el sentimiento público. Prusia era quien se oponía al contrato, y Prusia se habia engrandecido hasta el extremo de poder disputar la supremacia á esa Francia predestinada al predominio, y Prusia no tenia el derecho de oponerse, y Francia tenia el deber de oponer el valladar de su valor y de sus armas á la rival ambiciosa, y le era necesario el Luxemburgo, y era forzosa la guerra. Los que hasta entonces habian visto en la unidad alemana el cumplimiento de una ley histórica; los que veian en la hegemonia de Prusia el restablecimiento de un equilibrio de fuerzas que la Confederacion dirigida por Austria habia anulado: los que habian visto una seguridad de la paz en las transformaciones traídas por la guerra de los 30 dias, vieron entonces en lo mismo, el riesgo que corria la paz universal, el desequilibrio que la preponderancia de Prusia producía, la mentira de la unidad germánica; y de apóstoles de la paz á todo trance se convirtieron en faciales de la guerra á toda costa. Los que habian visto un peligro en el engrandecimiento de Prusia y contemplado con envidiosa suspicacia la caída de Francia desde el pre-

dominio sin rivalidad al predominio disputado, pidieron con mas energía su reconquista. Los que desde el punto de vista de la libertad, viéndola espuesta en una nueva distraccion al exterior, por no arriesgarla otra vez no quisieron obedecer á su amor propio nacional, de partidarios de la guerra se convirtieron en defensores de la paz.

En esta confusa espresion del pensamiento público, Francia ha revelado tres fenómenos igualmente significativos.—En la indiferencia del primer momento, subseguida de una atencion ansiosa, el estado morvoso de Europa en donde las torpezas de un gobierno, miradas en un principio con desden, pueden esponer el porvenir de un pueblo. En la inesperada presentacion de un acontecimiento trascendente, la ninguna intervencion de ese país en sus negocios propios: se forja el rayo en secreto, y fulmina y cae cuando nadie sabe que se forjaba. En la versatilidad de la opinion, la prueba de lo insidiosamente que se la dirige: cualquiera que sea la frivolidad característica del pueblo francés, si caminara con los ojos abiertos no caería en los torpes errores de juicio y de pasion en que, durante estos dos meses, ha caído.

Ménos ciegos, conociendo mejor el fin á que se dirigian, y estimulados por una idea mas alta, el pueblo alemán y el gobierno prusiano se han mantenido en actitud mas firme: desde el primer momento dijeron lo que han dicho en el último: «La patria alemana está formándose; ¡ay del que atenta contra ella!» Si por obedecer á la necesidad suprema de una patria fuerte, los progresistas, los demócratas prusianos y la opinion liberal de Alemania se han sometido á la direccion de un gobierno peligroso para la libertad, ha sido porque el concurso de circunstancias extraordinarias hizo solidarios los intereses mezquinos del poder y los santos intereses del pueblo y de la patria: superponiéndose, no obstante, á la fatalidad de las circunstancias y los hechos, en el Reichstag y en el Sanstag, los representantes de Alemania y los diputados de Prusia han definido claramente sus aspiraciones, y protestado con energía contra las tentativas anti-liberales que les han salido al paso: á las enmiendas liberales de la Constitucion en el Parlamento alemán, ha contestado en la Cámara prusiana el enérgico alerta de Jacoby.—Aun cuando la opinion liberal hubiera dormido en Alemania, hay un hecho que demuestra la superioridad de su estado político comparado con el de Francia: mientras que en esta el pueblo y el gobierno no han concordado un solo momento durante el debate de la cuestion de Luxemburgo, en Alemania no han discordado ni un instante.

## II.

¿De dónde venia la cuestion de Luxemburgo?

Para los unos, de la simple negativa de Prusia á la cesion: para los otros, de la necesidad que tiene Francia de un valladar que contenga á su enemigo: para estos, de la ambicion de Prusia; para aquellos, de la ambicion de Francia.

¿Son estos los verdaderos límites de la cuestion? ¿Es ella tan mezquina que no pase de una lucha de artimañas y ambiciones, ó es tan trascendental que envuelva una contienda europea?

El exámen de cinco documentos y la narracion de los acontecimientos lo dirá.

Empecemos por los cinco documentos.—El primero en órden y en importancia es la interpelacion—Benningsen en el Reichstag.—El 2.º en importancia, la comunicacion del gobierno francés al Parlamento: el 3.º, la interpelacion—Thobereck en la Cámara neerlandesa: el 4.º la interpelacion—Peél en la Cámara de los Comunes de Inglaterra: el 5.º, el resumen oficial de la Conferencia de Lóndres.

Antes de examinar el primer punto, una observacion. Creyendo los periódicos imperialistas que una hábil inmixture de la moral en la política alteraria, desnaturalizándolo, el valor de las declaraciones hechas por el interpelante y el interpelado, dijeron que la interpelacion habia sido una farsa, un convenio previo entre el representante Benningsen y el comisario federal Bismark: el medio era malo, luego el fin también.—Pero ni los diarios del Imperio ni los que repitieron sus palabras, pensaron en que al lanzar aquella suposicion autorizaban lo mismo que intentaban despreciar. Si el ministro prusiano acudió á un diputado liberal para que le hiciera decir públicamente lo que no podia decir de otra manera, y el diputado liberal habló, y pregunta y respuesta fueron espresion de un mismo pensamiento y éste tuvo la acogida frenéticamente entusiasta con que el Parlamento y el pueblo alemán lo recibieron, la farsa es de las mas perdonables pues sirvió para anteponer un interés político á un compromiso diplomático.—Sea de esto lo que fuere, guiara á Mr. de Bismark el pensamiento que guiara, salvara de este modo la dificultad en que lo colocaban sus supuestas connivencias con el gobierno francés y la fuerza de la opinion alemana, contraria á esas connivencias, el hecho es que las declaraciones tenian toda la autoridad del sentimiento público en Alemania, que las acogió como eco de sí propio.

¿Qué era la interpelacion? Un reto del pueblo alemán al pueblo francés, en boca del interpelante: una

amenaza del gobierno federal al imperial, en boca del interpelado.—Mr. de Bennigsen personificando la patria germánica, se dirigió al pueblo francés, y le dijo: «Ya somos Alemania: ya no te tememos, Francia.» Mr. de Bismark, dirigiéndose al Imperio. «Verémos, le dijo, cual es mas fuerte de los dos; si tú con tus artes y sin pueblo, ó yo con el pueblo y con mis artes.»

Tres puntos comprendia la interpelacion: 1.º ¿Sabe el gobierno prusiano si son fundados los rumores de negociaciones entre Francia y Holanda para ceder el Luxemburgo? 2.º ¿Puede el gobierno prusiano declarar si, *de acuerdo con sus confederados*, está resuelto á mantener unido á Alemania el Luxemburgo, y su derecho de guarnicion en esta plaza? 3.º Ofrecimiento del concurso de todos los partidos para impedir toda disminucion del territorio aleman. Al explanar la interpelacion, reivindicó para la nacionalidad alemana el Luxemburgo, patria de una familia imperial, de Adolfo de Nassau y de los malgraves del Brandemburgo, fijando así el derecho de Prusia y de todos los gobiernos confederados á oponerse á la cesion: despues espresó el interés que hay para Alemania en la ocupacion del Ducado, posicion estratégica contra Francia: luego basó el derecho de ocupacion en el carácter defensivo de la fortaleza y en los tratados de 1816 y 17 hechos con los Países-Bajos, y despues de insinuar claramente el origen probable de la cuestion de Luxemburgo, y la necesidad de oponerse á toda tentativa exterior, espresó la resolucion del pueblo aleman á mantenerse en una *paz fuerte*, pero á no esquivar la guerra.

La contestacion del presidente del Consejo de ministros fué terminante hasta en sus pretericiones.—No contestaba al 2.º punto por ser muy delicado, porque estaba seguro de que ningun poder intentaria imponerse á Alemania, y porque en caso de hacerlo, estaba seguro de que ella sabria rechazar la imposicion. En cuanto al primer punto, sabe que hay negociaciones entabladas entre el gobierno de Francia y el rey de Holanda, porque este ha preguntado al embajador de Prusia si esta recibiria bien la cesion del Luxemburgo, y porque,—creyendo conocedor de las negociaciones al gobierno prusiano,—el neerlandés le ha ofrecido sus buenos oficios.—Prusia ha contestado, á lo 1.º, que abandona la responsabilidad de sus actos al gran duque; á lo segundo que no habiéndose dirigido á ellos el gobierno francés, ninguna necesidad tenian de buenos oficios.

Hay aquí dos declaraciones de suma gravedad; la que arroja todo el peso de sus actos sobre el rey-gran-duque, y la que acusa el gobierno imperial de su conducta oscura en las negociaciones de la cesion.

A pesar de esta clarísima comunicacion, la prensa

imperialista afectó recibirle como un triunfo de la política imperial, y entre pomposas alabanzas al emperador, á su moderacion, á su espíritu conciliador, tributó elogios exaltados al ministro prusiano y al diputado aleman. A parte de la razon de conveniencia política que en este extraño error pudiera desvelar la misma inseguridad de la política francesa, habia una razon aparente, suministrada por las declaraciones de Mr. de Bismark. Esplicando éste las causas que habian aconsejado al gobierno federal á mantener separado el Luxemburgo, territorio aleman, de la nueva Confederacion alemana, dijo que dependian de la union personal del gran ducado á un rey extraño á la Confederacion con el cual no querian verse obligados á deliberar sobre asuntos puramente alemanes. Esta esplicita confesion que no dejaba duda sobre la nacionalidad, pasó entre los imperialistas como declaracion de que Alemania no tenia ningun derecho al gran ducado por no ser éste aleman, y por no querer ser confederado, cosas ambas,—decian—confesadas en la interpelacion del Reichstag. Si decir que un territorio es aleman es decir que no lo es, y si confesar que ese territorio, á pesar de su nacionalidad, teme formar parte política de ella por las cargas militares que impone, es confesar que la abjura, tenian razon los diarios del imperio.

El gobierno francés, dirigiendo al Parlamento su primera comunicacion sobre el asunto internacional que se debatia, quiso contestar al gobierno prusiano. En esta comunicacion desviaba de sí la responsabilidad del primer paso, diciendo que, hondamente convencido de la necesidad de la paz, no ha suscitado la cuestion. El gobierno imperial no rechaza una responsabilidad sin arrojársela sobre otro, y la arrojaba sobre el condescendiente rey de los Países-Bajos, que, movido por la posicion indecisa de Luxemburgo—y sin duda para definir su posicion,—lo habia ofrecido á Francia. No *negociando*, sino *departiendo*, *platicando* sobre esta cesion estaban el rey de Holanda y el emperador de los franceses, cuando interrogado el gobierno de Prusia sorprendió á los platicantes con su inesperada invocacion de las estipulaciones de 1839. Fiel el imperio á sus principios, declara entonces que no comprende la cesion sin las tres condiciones que establece: Exámen leal de los intereses de las grandes potencias: El voto de la poblacion por sufragio universal, y el libre consentimiento del Gran-Duque. Dispuesto el gobierno imperial á examinar con sus cosignatarios las estipulaciones invocadas, ofrece llevar á este exámen el espíritu de conciliacion necesario para no tubar la paz.

El Comisario federal al contestar á Mr. Bennigsen

habia terminado asegurando que cualquiera fuera el curso de la cuestion, contaria con el voto del Parlamento y el apoyo del pueblo. El emperador no contaba con nada ni con nadie. Gobierno eminentemente irresponsable por haberlo hecho eminentemente responsable el artículo de la Constitucion imperial que arroja todas las responsabilidades sobre el jefe del Estado, este no tiene que dar cuenta de sus actos, ni pedir informes á la opinion, ni votos al Parlamento. Al dia siguiente de la comunicacion se presentaron tres demandas de interpelacion en el Cuerpo legislativo, y las tres fueron negadas. Insistimos é insistiremos en este carácter de política interior que tienen en Francia todas las cuestiones internacionales, no solo porque contribuyen á explicarlas y explicar sus orígenes y causas, sino porque comparada esta conducta oscura y recelosa del imperio con la en extremo franca y confirmada del gabinete de Berlin, forma uno de los antecedentes que es necesario consultar en esta, á pesar de terminada, pendiente cuestion de Luxemburgo.

Examínese ahora la comunicacion del gobierno francés al Parlamento, y nótese tres informaciones oscuras pero visibles, que deben contribuir al juicio que se forme de la política francesa en este trance. Al asegurar que no ha sido la primera en suscitar la cuestion de Luxemburgo, insinúa la gravedad que le atribuye y de que no quiere hacerse responsable ante el mundo. En el Parlamento holandés, el ministro de negocios extranjeros desmintió terminantemente que hubiera sido el rey gran duque el primero en hablar de la cesion de su ducado—¿Qué interés podia tener el gobierno francés en provocar un mentís que él mismo habia de darse en la reciente comunicacion al Parlamento cuando dando cuenta del resultado de la Conferencia ha dicho que desde que Prusia se engrandeció habia deseado la reunion del Luxemburgo á Francia? El interés que tenia era el de comprometer al rey de Holanda, y como este interés no hubiera existido sin la preparacion de una guerra y la reunion del mayor número posible de aliados, el imperio insinuaba que al provocar la cuestion de Luxemburgo meditaba ya la guerra. La tercera insinuacion es la que hacia al manifestar su disposicion á un exámen de la cuestion con sus cosignatarios del 39: aquí está insinuado el místico congreso europeo. Si de él salia la guerra, bueno: si el arreglo, mejor. Esta es la política imperial: una vacilacion real entre dos éxitos posibles. Si el éxito por la guerra, conseguido en virtud de la moderacion y la nobleza de la causa: si el éxito por la diplomacia, conseguido en virtud de la razon.

La interpelacion Thobereck como la hecha por Sir

Roberto Peel, hechas ambas bajo el punto de vista de la política holandesa, aquella, de la conveniencia británica, la otra, esclarecen la oscura cuestion de Luxemburgo.

Como era necesario, las declaraciones de M. Zuylen en el Parlamento neerlandés está de acuerdo con la conducta probable del gobierno neerlandés. Los Estados pequeños no pueden concederse el derecho peligroso de mentir. El ministro de negocios extranjeros de Holanda declaró que siendo una necesidad para la patria el arreglo definitivo de la posesion del Luxemburgo, no habia tenido inconveniente en entablar con el gobierno francés una plática amistosa sobre ese asunto, porque la plática no habia tenido el carácter de negociacion. El ofrecimiento de buenos oficios por el gabinete neerlandés al prusiano no habia sido otra cosa que esquivar de una responsabilidad que no buscaba ni queria, y establecimiento de la diferencia que hay entre el gobierno de los Países-Bajos y el del Gran-Ducado. Para espresar mas claramente la tímida actitud del país, termina declarando que el gobierno holandés no volverá á ocuparse de la cuestion de Luxemburgo.

En estas declaraciones del gobierno holandés hay dos esclarecimientos del punto que se debatía, primero, la necesidad de definir la situacion del Luxemburgo que era ocasion permanente de compromisos internacionales para Holanda, y segundo, los temores manifestados del gobierno neerlandés. Esclarece lo primero la cuestion, porque temiendo los Países-Bajos la equívoca posesion del Gran-Ducado por su rey, todo acto, todo paso que tendiera á su enajenacion ó su cesion era abandono del estado de peligrosa incertidumbre y de forzosa intervencion en que colocaba á Holanda el interés de su rey en los negocios del Ducado: queriendo, pues, salir á toda costa de este estado por esquivar sus consecuencias, claro es que no habia de provocarlas poniéndose en contacto con Francia sin estímulos de esta, sin alguna seguridad tranquilizadora. El segundo punto es complemento del primero. Si Holanda teme verse complicada en la cuestion de Luxemburgo, es porque no se cree solidaria de sus asuntos.

La interpelacion-Peel en la Cámara de los Comunes es importantísima, no solo porque fija el desarrollo y el carácter del acontecimiento hasta el momento (1.º de Abril) en que se celebró, sino porque es un dato precioso para lo que podria llamarse «Historia de la vida de relacion de Europa». Bajo este punto de vista son luminosas las declaraciones del Lord secretario de los negocios extranjeros. Nos presentan á Europa como una asociacion de intereses contradic-

torios y de ambiciones rivales, mantenidas por un interés providencial á que inconsecuentemente obedecen el egoísmo patriótico de éste, la afectación hipócrita de aquel, la ambición sin careta del uno, la tenacidad en sus designios del otro asociado. En esta sencilla cuestión de Luxemburgo; ¡cuántos choques, cuántas sinuosidades, cuántos desvíamos para llegar al fin, cuánta oscuridad en los medios, cuánta insidia en los designios!

En tanto que el emperador de los franceses alucina al rey de los Países-Bajos, consulta é instruye á Inglaterra: ésta se entiende con Austria, Austria con Rusia, Prusia con Inglaterra y con el Czar, nadie con el interesado, nadie con Luxemburgo, porque es débil, porque es nada, y los grandes intereses de los pueblos se ventilan entre los pueblos poderosos, no entre los fuertes y los débiles. El Luxemburgo es un pedazo de tierra: se cede, se compra ó se neutraliza, pero no se trata con él. Rusia cede ante Francia é Inglaterra coaligadas, pero no ante el heroísmo de Polonia: Austria cede el Véneto al emperador de los franceses á quien teme, por no cederlo á Italia á quien odia. Prusia vacila ante Francia, pero se arroja sobre Dinamarca. Francia se humilla ante Prusia, pero se exalta ante Méjico.

Y en todas estas cobardías de los fuertes, en todas estas humillaciones de los grandes, en todas estas impotencias de los poderosos; ¡qué de ardidés, que de argucias, cuantas sorpresas, cuantas acechanzas! Acecha Francia á Prusia, y al arrojarse sobre ella, encuentra el Luxemburgo; por temor aparente de escandecer la contienda, usa y abusa del débil, compromete á Holanda, y entonces se dirige á uno de los Anfictiones del Areópago europeo, y plantea el negocio. Directamente, Prusia no sabe nada; pero confidencialmente é indirectamente lo sabe todo, y se dirige á otro Anfiction. El primero (Inglaterra) vacila y tibubea; entre el interés de dos potencias está el suyo: el segundo (Rusia) abre los brazos á su confidente, y dispone las cosas, y prepara las fauces. Entiéndense entre si los Anfictiones, convocan y consultan al tercero (Austria), y despues de perder horas y ocasiones, de medir y reme lir sus ventajas, de mirar al pasado y consultar sus odios, de conjurar el porvenir y consultar su interés particular, se deciden á dejar las cosas como están. Siempre son insignificantes los arreglos diplomáticos. Esta es, bajo el punto de vista de la moralidad política, la historia de todas las cuestiones europeas, la involuntariamente referida en sus declaraciones por el ministro de negocios Lord Stanley.

Considerando este hombre de estado la cuestión del Luxemburgo bajo el punto de vista del interés britá-

nico, é intentando demostrar que Inglaterra no adquiriria compromiso de ninguna especie, dijo que no se habia mezclado en contienda diplomática hasta que Francia y Prusia se la habian dado á conocer: la primera, exponiéndole los peligros europeos que encarna el engrandecimiento de Prusia, esta, preguntándole si estaba dispuesta á disuadir á Holanda de la cesion del Gran Ducado, y cuál era el alcance que atribuía al tratado de 1839. No contestó á la segunda pregunta por creer necesaria la respuesta en comun de todos los signatarios; pero viendo en ella una insinuacion de responsabilidad solitaria, la esquivó, diciendo que la garantía de Inglaterra no era aplicable al caso de cesion por ser esta de exclusivo interés para Francia y Alemania. Contesta á la primera pregunta que el gobierno inglés no tenia para que intervenir. Para alejar mas el fantasma de su intervencion, declaró concluidas las negociaciones, y el carácter amistoso que tendrían en caso de renacer. Creacion británica por interés británico la Bélgica, el mas leve peligro de esta potencia neutral depones en Inglaterra todo temor de complicaciones, por eso (é insinuando la trascendencia de la guerra y ese puesto probable en Inglaterra), su ministro de negocios declaró que solo en el caso de atacar la neutralidad de Bélgica, intervendria el gobierno inglés en la contienda. En 1.º de abril, pues, el período de insinuaciones y tentativas, lo que se llama *negociaciones* habia terminado: faltaba el período de afirmacion, de logros, de resolucion. En el primer período, segun Stanley, Francia negoció con Holanda; esta aceptó la idea de cesion mediante consentimiento de Prusia á indemnizacion; Prusia se opuso, esta y Francia acudieron al consejo de las grandes potencias; estas, previas discusiones entre sí, negaron á las partes contendientes la razon, y las negociaciones sobre cesion de Luxemburgo terminaron.

### III.

Era preciso pasar el segundo período de la cuestión: de las negociaciones á la conferencia: de la exploracion de ánimos al exámen de la cuestión en sí. Para dar este paso han empleado treinta y siete dias las potencias mediadoras. Durante ese tiempo, la cuestión, aunque con antecedentes incompletos, pasó al dominio público, y fué suerte, porque convirtiéndola la recititud del sentimiento universal en cuestión de vida ó muerte para los intereses permanentes de las sociedades, la despojó de su carácter primitivo, la hizo mas grande y mas temible, y preparó el resultado de la Conferencia.

La reserva cautelosa, acompañante del gobierno per-



sonal; la oscuridad en que envuelve los asuntos mas claros; la duda perpétua en que vacila, comunicada á la opinion pública, habian necesariamente de extrañar en Francia el recto sentido popular: añádase á esto, el patriótico temor de las ambiciones que se suponen engendradas en Prusia por el pasmosa desenvolvimiento de sus fuerzas; únase la actitud belicosa de la mayor parte de la prensa: compréndase la influencia de todas estas causas estimuladas por el amor propensional, y se comprenderá, sin disculparlo, el torpe clamoreo de pasiones indignas de un gran pueblo en que ha caído, durante el primer período de la cuestion de Luxemburgo, la opinion general de Francia.

Mucho mas comprensible, aunque no menos reprochable, ha sido la actitud de la prensa y el pueblo alemán. Para ellos, la cuestion de Luxemburgo, tal cual la inició el gobierno francés, era un peligro amenazante. Se trataba de arrancarles un pedazo de Alemania, y era necesario que se dispusieran á defenderlo á toda costa. Aquí, por otra parte, la necesidad unia con union fatal al pueblo y al gobierno: de la union ha nacido la energía de los clamores.

Cualesquiera que fueran los errores en que incurrieran la opinion y el sentimiento públicos de uno y otro pueblo, no podia ocultárseles la trascendencia del conflicto que invocaban: para Francia era un nuevo sacrificio de la libertad interior; para Alemania, la esposicion de la conquista de su incompleta unidad. Pensar en este riesgo era ya reaccionar, y reaccionaron: en el momento en que la opinion inteligente dió el alerta, y la idea liberal reconoció el peligro, y la imparcialidad interesada en Austria, en Inglaterra, en Rusia y en Italia, dió su voto; la inteligencia y el trabajo protestaron contra la guerra, y de todos los confines de Francia y Alemania brotaron adhesiones á la idea generosa de una *Liga de la Paz*.

La separacion estaba hecha: si Francia y Alemania combatian, los combatientes serian de los gobiernos, no del pueblo alemán ni del francés.

En los momentos mismos en que estallaba esta reaccion del sentimiento público, se reunió en Lóndres la Conferencia de representantes de las potencias medianas,—Inglaterra, Italia, Austria, Rusia,—acompañados de los representantes de las potencias contendientes, y de los enviados de Bélgica, Holanda y Luxemburgo.

Del resultado feliz de esta Reunion, ha dado cuenta ante el Parlamento francés el ministro de negocios extranjeros del gobierno imperial.

Al exámen de esta Comunicacion deberemos el último antecedente necesario para el juicio incompleto de la cuestion de Luxemburgo.

## IV.

La comunicacion del gobierno francés, mas que resumen del resultado de la Conferencia, es una justificacion de la conducta del emperador y sus ministros.

Segun ellos, preocupábalos el estado de indecision en que permanecia la situacion internacional del gran Ducado, deseando que se esclareciera, ya por su reunion á Francia, ya por cualquiera otro medio. Considerando, pues, que, disuelta la confederacion germánica por los triunfos de la Prusia, la guarnicion por las fuerzas prusianas de la fortaleza de Luxemburgo era una situacion contra derecho, el gobierno francés dió el primer paso para acabar con ella. Siendo la intencion seguir en buenas relaciones con Prusia, respetó sus susceptibilidades, y, para salvarlas, manifestó su disposicion á examinar el punto en cuestion con las demás grandes potencias. En las negociaciones que estas entre sí entablaron,—siempre por demostrar su moderacion,—no se ha mezclado. Siempre dispuesto á demostrar su imparcialidad y su desinterés, á todas las preguntas de las otras potencias, ha contestado con su prévia adhesion á toda solucion honrosa.

No contento el gobierno francés con la justificacion de su conducta moderada, la declara perspicaz, al terminar diciendo que todo el resultado de la Conferencia, está en consonancia con sus miras y que no puede menos de aplaudirlo al ver terminada una situacion que se creó expresamente con intenciones ofensivas para Francia. Por otra parte, no puede ser mas feliz un resultado que desmorona otro pedazo del tratado de Viena, y asegura la frontera-Norte en Francia con otro Estado neutral, que asegura la independencia del gran Ducado, y afirma las buenas relaciones del imperio con la Prusia.

En medio de esta justificacion y esta alabanza, va el resultado de la conferencia. Los reunidos en ella ¿qué han resuelto? Declarar al Luxemburgo,—prévia union á la casa Orange-Nassau, aceptada por su gefe el rey de Holanda,—Estado neutral independiente: Sancionar la neutralidad por la garantía colectiva de las potencias signatarias, escepto Bélgica por ser tambien Estado neutral: Declarar plaza abierta la plaza fuerte de Luxemburgo: Desocupacion de esta por Prusia en el momento en que se cambien las ratificaciones del tratado.

¿Está este, como asegura el gobierno francés, en consonancia con los deseos manifiestos? ¿Está, como asegurará el gobierno prusiano, en consonancia con los suyos? ¿Satisfará á Alemania? ¿Satisfará á Europa? ¿Termina con el estado de intranquilidad de Europa? ¿Asegura la paz?

Para hacer estas preguntas tiene otras tantas negaciones el sentimiento europeo. El problema no se ha resuelto porque no se ha querido ni podido llegar hasta el fondo. Es una transacción, y entre los pueblos como entre los individuos, toda transacción es una violencia hecha á una voluntad, á una intención que no por verse obligada á ceder deja de perseverar. La cuestión de Luxemburgo ha terminado; pero deja planteada la cuestión europea. Si la negativa al desarme general propuesta por Inglaterra no fuera otra cosa que desconfianza de este gobierno, suspicacia de aquel, vacilación de todos, sería posible la esperanza en la paz, garantizada por la conveniencia común de las potencias; pero cuando el desarme no se acepta, porque no se puede, porque no se debe aceptar, porque aceptarlo sería perder el último instinto que se pierde,—el de conservación de la existencia propia,—ni la esperanza de paz es racional, ni está resuelta la cuestión europea, que como la cuestión de Luxemburgo, es envoltura y encarnación de todas las contiendas internacionales en Europa.

El que la Conferencia diplomática haya precedido, por primera vez, y por primera vez evitado la guerra, en vez de sancionarla ¿es indicio de las tendencias que prevalecen en la política europea? Así afecta creerlo el gobierno imperial: nosotros creemos que este hecho singular es hijo de las circunstancias terribles en que se encuentra hoy la vida de relación de las naciones; del peligro inminente de una guerra general, y del instinto de una fuerza que se acaba y que ve la agonía en un impulso, en un inconveniente cualquiera.

## V.

Por temer esta convicción; por creer necesario ir preparando todos los antecedentes del movimiento de transformación que se anuncia en el antiguo continente, es por lo que, aun sin datos completos y dejando de examinar muchos de los que se han presentado en el debate, la hemos juzgado la á un mismo tiempo simple y completa cuestión de Luxemburgo:

EUGENIO M.<sup>a</sup> HOSTOS.

## VICTOR HUGO.

### SU TALENTO Y SUS OBRAS.

#### I.

Hé aquí uno de los hombres del siglo XIX que han tenido más nombradía y fortuna. Siendo niño, la suerte le llevó por varias partes de Europa, donde nu-

tría su imaginación con variados espectáculos; adulto, las Academias premiaban sus poesías; joven, fundaba una escuela literaria cuyos principios abrazaban poetas distinguidos del mundo civilizado; hombre, la política le sonreía con amor; anciano, la aureola del destierro y nuevas glorias literarias acababan de ilustrar su existencia. Víctor Hugo con su tenacidad, su energía, su orgullo, es una de las figuras más visibles, más sorprendentes del siglo, y uno de los pocos ancianos de quien la juventud literaria espera más; por lo cual nos sentimos movidos á estudiar el carácter de su talento, clasificarlo y especular sobre él.

Tomemos, pues, sus obras y leámoslas con atención. Ahí están las poesías líricas, *Odas y Baladas, Orientales, Hojas de Otoño, Cantos del Crepúsculo, Contemplaciones, Leyenda de los Siglos, Cantos de las ciudades y bosques*; ahí está su teatro desde *Cromwell* hasta los *Burgraves*; ahí sus novelas desde *Bug Jargal* hasta los *Trabajadores del Mar*; ahí sus obras de variedades, empezando por los *Fragmentos* y acabando por los estudios sobre *Shakespeare* y las *Memorias personales*. A la vista de ese montón de tomos el entendimiento se espanta y cuando lee los títulos queda sobrecogido de un temeroso respeto: tanta variedad, tan opuestos géneros tratados todos por un escritor de reputación general, asombra verdaderamente al hombre más desconfiado. Casi todas las obras tienen un prefacio. Antes pues que leamos los libros leamos todos los prólogos: así sabremos de donde ha salido y á donde ha querido llegar el célebre autor.

Uno de los más luminosos es el de *Cromwell*. Dándole la preferencia y acompañándole de la lectura inmediata de la obra se viene mejor en cuenta de lo que ha querido hacer.

Víctor Hugo, nacido en una sociedad de carácter indeterminado, pasó sus primeros años viajando por Europa y creció en medio de un aislamiento completo. Había recibido de la naturaleza una imaginación rica, voluntad enérgica y tendencias filosóficas. Cuanto dice de sí mismo en las *Memorias* y en las *Hojas de Otoño*, lo dan claramente á entender, pues si bien la circunstancia de ser hijo de militar y haber seguido los campamentos le predispusieron á la guerra, con todo su ánimo era ageno á estas simpatías que venían de los sentidos exaltados y no de que tuviese carácter batallador. Estuvo en diferentes partes de Europa, y á la caída del imperio se hallaba en París, ó pasó allí y vivió en compañía de su madre, bastante alejado del mundo.

Notemos antes de pasar adelante, que Víctor Hugo al abrir los ojos había visto grandes masas de hombres obedeciendo ciegamente las órdenes del que le era

padre; que desde entonces hasta muchos años después no estuvo en contacto, sino ó con extranjeros que temblaban al oír el nombre francés, ó con compatriotas que se inclinaban humildemente cuando se hablaba del gran capitán; que luego el mundo desapareció de sus ojos y que el joven perdió hasta aquellas relaciones militares; de modo, que aquel muchacho de gran imaginación, de potente voluntad y de costumbres apacibles, se acostumbró á ver á los hombres y á las cosas plegando dócilmente ante la voluntad de otro hombre; no conoció nacionalidades, ni colectividades, sino meramente individuos bastante poderosos para que todo lo que les rodeaba se inclinase ante ellos, verdaderos mandarines para quienes no había naturaleza, ni corazón, ni leyes, ni pueblos, que todo lo pisaban, todo lo aniquilaban, si no se humillaba á su vista.

Considerando ahora el efecto que esta enseñanza hubo de hacer en el joven Víctor, no podremos menos de pensar que su imaginación había de acostumbrarse á aquel ideal, su voluntad, nutrirse de aquel despotismo, su ánimo, desarrollarse al calor de aquel mismo desprecio. El resultado había de ser, formar un hombre de hierro, de una fantasía despótica, de una dureza de corazón notable, que si abrazaba la carrera de las letras no podía menos de brillar de una manera fatal. En efecto, el carácter del literato ha de ser eminentemente subjetivo, porque si bien á él le toca crear, — operación objetiva — sus tendencias han de ser siempre á observar y analizar para que después abstrayéndose sintéticamente de una manera original aquellas observaciones y aquellos análisis. No puede menos de tener mucha personalidad, pero ha de ser una personalidad bien entendida, que no le exagere ni falsee como hombre, sino que dé á cada facultad suya una fuerza y flexibilidad sorprendentes. Así en él la imaginación, el entendimiento, el corazón, la voluntad han de estar tan nutridos que cada uno pueda obrar con independencia. Necesita ser más hombre que todos los hombres. En virtudes y vicios nadie ha de sentir tanto como él.

Aquellas y no estas son en efecto las cualidades que han elevado y perdido á un tiempo á ese autor; las que han dado fisonomía á su palabra, triunfos á su voluntad, carácter á sus invenciones.

Su afición literaria se desarrolló con los años y con el aislamiento en que vivía; encerrado en un convento, pasaba los días leyendo en una celda, soñando entre las alamedas del jardín, ó contemplando vagarosamente los misteriosos movimientos de los astros. Sus maestros eran los clásicos latinos y franceses; en quienes buscaba el medio de formar conceptos brillantes, y periodos esplendorosos, y de adquirir vigor de es-

píritu para elevarse á aquellas regiones donde vivían después de muertos bajo la protección de la inmortalidad. Mas su carácter, sus costumbres, las emociones que había tenido, no le dejaban empaparse de aquel estilo, luchaba con las tradiciones literarias, y quizá una hora de distracción bastaba para hacerle perder lo que había ganado en un día sobre disciplina literaria. Comparando sus poetas nacionales á los de la grande y docta antigüedad pagana, le parecía que los versos tenían una contextura viciada que no dejaba á la imaginación francesa espacio donde desplegarse libremente y recorrer con variadas y hermosas evoluciones todos los tonos de la fantasía y del corazón humano. Revelábase su imaginación cuando oía á los preceptistas que le ordenaban sujetarse á un estilo que le parecía privado de soltura; y buscando vagamente nuevos tonos y giros empezaba á encaminarse á aquel mundo cuyo hallazgo había de ser su pérdida y su gloria.

La publicación de las *Odas* y *Baladas* fué el primer acto de rebeldía, el primer destello de aquel espíritu descontento. Víctor Hugo aun era muy joven, pues solo tenía quince ó diez y seis años. Ya alguna academia respetable había premiado versos suyos, y sus amigos le consideraban como un joven, cuya carrera había de sorprender á sus contemporáneos con inesperados portentos.

Las *Odas* y *Baladas* en sí mismas tienen poco valor, mas relacionadas con las demás obras del poeta, tienen mucho interés psicológico. Son una protesta y no una tentativa. Les sobra pretensión filosófica, y les faltan belleza é ideas. Carecen de sentimiento, de arte, de lenguaje: obra informe, hasta cansa leerla ligeramente. Pero sus tendencias son marcadísimas á romper con las reglas establecidas en métrica, en descripción y filosofía, dándole esta circunstancia una originalidad que fué lo que hubo de llamar la atención cuando vió la luz.

Después de esta obra el autor publicó *Bug Jargal* y *Han de Islandia* nuevas protestas contra la literatura que privaba, por las cuales se puede colegir que de la forma, Víctor Hugo había pasado al estudio de la creación y hallado entre ella y su talento una diferencia, no menos marcada que la que había hallado en el estilo. La verdad es que Chateaubriand con su *Atala* y *Genio* había hecho una revolución en el ánimo de la juventud de su tiempo, y el adolescente poeta, bastante bien dotado para que fuese un mero imitador, tampoco hallaba en el publicista católico caracteres que conformasen con los suyos. Mas había de hallarlos en lord Byron, cuyas obras empezaban á brillar en el reino unido, aunque ignoramos si por aquel tiempo ca-

yeron en sus manos. Hugo había leído en España algunos dramas de nuestro teatro; madama Stael y Benjamin Constant habían introducido en Francia la literatura alemana; Walter Scott empezaba á ser popular en el mundo; los críticos llamaban brillantemente la atención hácia las literaturas llamadas románticas; Shakespeare, los trovadores, los cronistas balanceaban la autoridad no ya de Racine, de Voltaire, de Boileau, sino de los poetas é historiadores de la misma civilización pagana: las voces de reforma corrían por todas partes; Francia, Europa mostraba esperar en literatura alguna cosa que no tenía.

## II.

Víctor Hugo se propuso dársele. No pudiendo amoldarse su carácter al que tenía la literatura del imperio, ni al que había intentado darle Chateaubriand, aquellas expresiones misteriosas de una reforma le impresionaron vivamente: hubo de tener una idea sublime y repasando sus lecturas, coordinando sus antipatías, concibió un plan de reforma literaria que había de innovar la métrica, elevar la novela escocesa, dar al drama de Shakespeare una fisonomía moderna.

Pasando del análisis á la síntesis, concibió sus teorías que fueron esplicadas en el célebre prefacio de *Cromwell*.

Lo primero que sorprende en este prólogo es el color y el movimiento. Afectado el lector, se os olvida de buscar la idea y después de haberlo concluido necesita verlo otra vez: la frase salta, el período se mueve con una independencia que aturde, las leyes de la prosa francesa quedan tan mal tratadas que admira y disgusta. A la segunda lectura, el pensamiento del autor es más visible, pero no cuesta menos comprenderle bien. El poeta recorre con ligereza los períodos de la historia literaria, decide sin discusión muchas dificultades. Luego se conoce que habla de cosas que apenas ha entrevisto. Poniendo aparte, sin saber ni decir por qué causa, el paganismo, Víctor Hugo se encuentra en la edad media y en los tiempos de Shakespeare y Calderon, proclama su superioridad, y establece que toda obra ha de ser una antítesis de la cual salga clara una idea grande. Esta antítesis no solo ha de versar sobre el fondo, sino también sobre la forma. Ha de existir en los tipos, en el lenguaje y estilo, en la cadencia del verso y en la armonía de la prosa, en los términos estéticos, belleza y fealdad, en las proposiciones morales, el bien y el mal. Sin añadir más el autor da por concluido el programa de su reforma literaria.

Desde luego se ve que combatía un amaneramiento

para entronizar otro; que dejaba sin tratar una multitud de cuestiones importantes; que todas aquellas proposiciones eran una síntesis informe, oscura, que daba á entender fácilmente que ni el mismo autor sabía bien lo que quería decir: lo más notable que tuvo para los franceses aquel manifiesto fue el ataque á las leyes de la unidad dramática, formuladas por Boileau y aceptadas unánimemente por los clásicos.

Hasta entonces Víctor Hugo había sostenido con la sociedad una lucha empeñada. Las protestas de sus *Odas* y de sus *Novelas* habían sido recibidas con indiferencia y con risa: los salones apenas se ocupaban de ellas; los periódicos trataban al autor con una indulgencia paternal que era una ironía desesperante. Pero el *Cromwell* precedido de una teoría era un desafío que valía la pena de aceptarse: el joven poeta había llegado á formular sus vaguedades, y ya no protestaba, sino que declaraba la guerra. El libro fue poco leído, pero el prólogo muy disputado. Los más indulgentes aconsejaron al autor que siguiese adelante, pero que fuese prudente; los críticos severos se encarnizaron con lo que no entendían, pues era incompleto ó ininteligible; los sabios reconociendo que había de innovarse la literatura, confesaron que el sistema propuesto les parecía imposible, mas que no sabían proponer; y no solo en efecto no lo sabían, sino que ni una indicación dieron para que otros más flexibles que Víctor Hugo pudiesen tomarla en cuenta y estudiarla.

Las protestas del poeta le habían atraído á la juventud que también protestaba; su manifiesto la entusiasmó. Aunque tampoco comprendía lo que el autor había querido decir, había en el prólogo algunas palabras que satisfaciendo sus antipatías literarias la sacaron de sí y la llevaron á entusiasmarse.

Víctor Hugo tenía ya una edad respetable. Dos ediciones de las *Odas*, el *Bug Fargal*, el *Han de Islandia* y el *Cromwell* habían dado soltura á su pluma, forma á su pensamiento, síntesis creadora á sus estudios psicológicos é históricos; un laborioso estudio del idioma y del latín llenaban aquella prenda de dotes inestimables, como el color más deslumbrante, los giros más variados y atrevidos, una armonía que embriagaba. Aparecieron las *Orientales* y su estilo deslumbró. La dicción era tersa, vigorosa, brillante, metafórica; los períodos sonoros, robustos, acabados; los giros corrían con sorprendente facilidad todos los tonos; movíanse en ondulaciones variadas; se cruzaban y entrelazaban, corrían, andaban, saltaban, se paraban, todo bajo una disciplina tan rigurosa que nunca hasta entonces ningún poeta francés había alcanzado más precisión y variedad. Pero nada más había en aquel libro. Las pretensiones del prólogo no eran realizadas

en el texto. El autor hablaba y nada decía; invocaba, y ni el Dios mahometano bajaba á inspirarle, ni hallaba en los espectáculos del mundo oriental ideas que aumentasen el valor de sus poesías. Cuando el lector cerraba el libro tenía el entendimiento cansado de haber recorrido sin provecho tantas páginas sonoras.

La crítica mas indulgente empezó á alarmarse. ¿Qué significaba aquella publicación? ¿Era un ensayo ó una obra? ¿Había sido una tentativa para dar perfección á la pluma y empezar á poner en forma de una manera acabada las teorías gramaticales que había expuesto, ó era una realización de toda su poética? La representación de *Hernani* respondió y solvió la dificultad. Entonces se vió que no solo había entendido el autor poner en práctica sus teorías con las *Orientales*, sino que aquel sistema era el que pensaba establecer en el teatro.

La crítica bien intencionada no ocultó su reprobación: dijo que las obras sin ideas no son obras; y que en las creaciones ante todo ha de haber verdad humana. Lo cierto era que el ejemplo que Víctor Hugo había tenido en su niñez, el aislamiento de su juventud, la precipitación en formular las vaguedades de su entendimiento, le habían deplorablemente amanerado. Sobre el corazón, sobre el juicio, sobre la historia, sobre la humanidad, ponía la fantasía. Entonces cuando estudiaba no sabía estudiar, sino leer; cuando creaba no sabía inventar, sino delirar; cuando escribía, no sabía dominar el asunto, sino que el asunto le dominaba á él, y como era oscuro, las obras no tenían coherencia. Su prosa, sus versos, sus escenas, sus capítulos, sus diálogos, sus descripciones se empaparon en estos defectos: pretensiosos, vacíos, rudos, desordenados, exuberantes, no hay entendimiento bien asentado que los resista, ni fuerzas para poder acabar su lectura. *La Catedral de París* (Notre Dame de París) es la obra donde estos sorprendentes defectos están en más relieve y abundancia. Los tipos no son tipos: son el autor bajo distintos aspectos; las descripciones no pintan los edificios tales como son, sino la arquitectura tal como la imagina el autor; la época, no es la edad media; es un París caprichoso que ha venido á la idea del poeta; el estilo no es francés, es la fantasía personal desbordándose, perdiéndose con espantosos bramidos: el libro asombra, llena de estupor, pero no admira ni atrae: mas sean cuales fueren las antipatías que se tengan por Víctor Hugo es imposible negar después de leída esta obra que tiene un talento de primer orden. En fin, para acabar de abrir los ojos, la publicación de las *Hojas de otoño* probó que el autor no solo no sabía hablar del corazón de los otros, sino ni siquiera del

suyo: de tal manera le dominaba la fantasía que hasta borraba el recuerdo de lo que había sentido. El había amado y no acertaba á pintar las emociones de honesta voluptuosidad que entonces tuvo; era padre, y su pluma no era menos impotente á describir los placenteros goces de esta envidiada situación.

La crítica comprendió que aquel talento estaba perdido sino se detenía y concentraba, y levantándose contra él, le cerró el paso con ruegos y amenazas. Le aconsejaba que se detuviese; que se parase á considerar; el público se impacientaba; los amigos no tenían ya el entusiasmo de las primeras jornadas. Mas Víctor Hugo no se detuvo: sonrióse y avanzó.

Entonces tuvo principio una lucha titánica que impone. El poeta desplegando una firmeza imponderable no escuchó críticas ni consejos, no consideró la fluctuación del público, ni la incertidumbre de los amigos: á la crítica contestaba con sarcasmos, al público le atacaba brutalmente; las objeciones las acogía con sonrisas. Sublevábase la oposición, avergonzábase confesar su error, indignábase la duda de sus admiradores. Todo lo que ha publicado desde *La Catedral* y las *Hojas* no son mas que jornadas de esta lucha de obstinación. El poeta cae de abismo en abismo: después de *Hernani* y *Marion*, *El Rey pasa el tiempo* y *Lucrecia*, es decir, después de la oda, el melodrama; después de la *Catedral*, los *Miserables*, ó lo que es lo mismo, después de la imitación original de Walter Scott, la imitación rastrera del género de Eugenio Sue; *Shakespeare*, embrollo deplorable; las *Memorias*, narración superficial de que no queremos hablar. Las *Contemplaciones*, la *Leyenda de los siglos*, las *Canciones de las calles y bosques* continúan su carrera lírica sin mejorarla ni empeorarla, pues si bien parcialmente tienen méritos que no hay en las obras anteriores, no puede menos de confesarse que si en una parece que ha perdido un defecto, en otra subsiguiente el defecto se muestra con la antigua rudeza. Tal es el carácter de este poeta.

Resumiendo diremos: que es mal notable por su fisonomía personal que por su fisonomía literaria. Su perseverancia, su tenacidad, su orgullo, asombran. El siglo le abandona, la crítica le deshace, la amistad le deja solo; llénanse su corazón y entendimiento de armadura y furor que le llevan á prorumpir en quejas y dicitrios: pero luego se serena y continúa impávido la misma carrera entre el asombro del siglo que unas veces le aplaude y le silba otras. Como versificador, las *Orientales* son un monumento; como poeta, hay en las *Contemplaciones*, en la *Leyenda*, y también en las *Hojas de otoño* pasajes que la inmortalidad cubrirá con manto. De tal drama suyo que-

darán algunas escenas; de algunas novelas podrán entresacarse capítulos curiosos: mas ni como prosista, ni como pensador, ni como crítico, ni como dramático, la posteridad hará cuenta de él, y si le cita será ó cronológicamente ó para infundir espanto con su desastrado fin á los que vayan por el camino que él recorrió.

### III.

En efecto, Víctor Hugo no tiene ninguna de aquellas cualidades que traspasan á la posteridad la nombradía que los hombres alcanzan en la vida: desequilibradas sus facultades mentales de una manera individual, no han estado en relacion con el desequilibrio del siglo; y por consiguiente, ni le han reflejado, ni le han entusiasmado. Cuando abrimos las obras de Byron; hallamos en la hinchazon de su lenguaje, en la correccion de su estilo, en su ironía, en su actitud y furor, una imágen fiel de la sociedad de principios del siglo; y si bien las pinturas son incompletas, son al menos instructivas. Llenas de datos preciosos para estudiar moral y poéticamente aquel período, en cada página y en cada línea hallamos un secreto social que la historia apenas deja entrever. Le falta al autor aquella serenidad que apenas abandona á los géneos de primer orden; pero al cantar generaliza, teniendo traza de particularizar. Homero, Esquilo, Aristófanes, Dante, Shakespeare, Cervantes, criaturas de un siglo de iniquidades y misterios como el nuestro; heridos en su dignidad humana ó por la constitucion social, ó por desgracias personales, ó por odios políticos, se entregan con frecuencia á los sentimientos de cólera; truenan, atacan, se echan en el fragor de la lucha con desapoderado furor; pero nunca pierden la serenidad, y dominando aquel espectáculo, lo pintan tan completo como en su tiempo era posible pintarlo, y aunque no sean siempre de una imparcialidad perfecta, generalmente, son verdaderos, describen á sus contemporáneos tales cuales los vieron. Byron, Chateaubriand, Lamartine, Musset, poetas de un siglo tempestuoso, lo retratan antes bien como fotógrafos que como pintores. Al leer sus obras se conoce el tiempo que las inspiró; sin embargo se echan de menos toques, é indicaciones que den á los cuadros el complemento que entonces podian tener. No diremos que fuese por falta de génio; creemos que fué por falta de instruccion. Antiguamente, un poeta, con pocos estudios escolásticos, llegaba á saber todo lo que necesitaba para cultivar bien su arte; porque siendo los siglos pasados de gran movimiento social y no siendo la profesion de las letras un estado como ahora, el literato necesitaba

manejar otros negocios para ganarse el sustento; y viviendo con su tiempo, se impregnaba de sus ideas y conocia sus costumbres; y si bien en algunas partes existió la profesion literaria como un verdadero estado social, allí á causa del carácter político y de la educacion filosófica que se daba, los poetas se educaban bien. En la actualidad las cosas han cambiado: la literatura es una profesion exclusiva, el carácter del siglo es tranquilo, sus pasiones misteriosas, su llanto disimulado: de manera que si el literato no sabe mucho, no comprende palabra de lo que ve; no sabe pintarlo, y le parece anti-poético. En vano le alcanzarán los dolores generales; en vano querrá hacerse eco de ellos: particularizará en vez de generalizar; y sin ser falso, no será verdadero, porque le escaparán muchos rasgos de la fisonomía de su tiempo.

Pues bien, Víctor Hugo, ¿ni esto ha tenido. El cuando apareció fué desairado por la Francia, siendo así que Chateaubriand y Lamartine con solo mostrarse habian entusiasmado á sus contemporáneos; y cuando con su tenacidad se atrajo la atencion general, el siglo mostraba mas asombro que simpatías. No decimos que en sus obras no haya huellas del estado del tiempo; pero ¿qué tiene Víctor Hugo que no hallemos mejor pintado en Byron, en Chateaubriand, en Walter Scott, en Lamartine? *El último dia de un condenado á muerte* ¿vale por ventura el patético poema de Childe-Harold, de ese desterrado de una sociedad hipócrita, que anda errante por el mundo admirando sus grandezas y llorando entre blasfemias la patria que ha perdido? La *Catedral de París* ¿es por ventura comparable al *Ivanoe*, esa admirable pintura de la edad media, todavía sin rival, no obstante las numerosas obras que ha inspirado? Sus *Orientales* ¿sostienen ningun cotejo con las espléndidas pinturas que Byron hizo en varios poemas de las costumbres asiáticas? La ternura de las *Contemplaciones* y de las *Hojos de Otoño* ¿es acaso superior á la de las *Armonías y Meditaciones* de Lamartine? Sus últimas novelas sociales ¿tienen por ventura mas importancia moral que las de Eugenio Sue y Jorge Sand? En belleza de lenguaje y estilo ¿ha igualado nunca á Chateaubriand?

La consecuencia de estas premisas no es favorable á Víctor Hugo, que aislado en su gabinete, creyendo firmemente que el siglo estaba en su fantasía, ha perdido el tiempo en una lucha que ha marchitado sus obras. Podía indudablemente brillar en primer término y esperar que el porvenir consultaria sus escritos con tanto fruto como los de los vates citados; ahora toda esperanza es ilusoria y el nombre de Víctor Hugo quedará en la historia literaria como una fecha cronológica, y en el arte como el autor de algu-

nos versos admirablemente hechos ó de una tersura sorprendente. ¿Quién se avendrá entonces á leer esas novelas donde el corazón humano no da un solo latido? ¿Esas poesías sin ideas, ni sentimientos? ¿Esos discursos sin orden, ni concierto? ¿Esos tomos de crítica sin fondo, ni plan? ¿Esa prosa exuberante, incoherente, vertiginosa, cuya sola imágen nos turba el entendimiento? ¿Son los escritores pasados que tienen estos defectos los que nosotros, su posteridad, leemos con gusto y fruto? ¿Homero es así? ¿los trágicos griegos, los poetas clásicos latinos, los clásicos franceses, los líricos españoles, Calderon y Shakespeare y tantos otros son así? ¿Es esta la prosa de Herodoto y Tucídides, de Demóstenes y Ciceron, de Tito Livio y Tácito, de Voltaire y Rousseau, de Bosuet y Massillon, de Granada y Cervantes? Creemos que no, sean cuales fueren los defectos que cometieron estos escritores; pues cuando inventaron, respetaron las leyes del corazón humano y cuando escribieron, las del carácter de su lengua y de la expresión del pensamiento. Víctor Hugo ha procedido de otro modo. Se ha creído desconocido, al ver que el siglo no le hacia caso; envidiado, al ver que la crítica le atacaba: nosotros no pensamos que la crítica haya de ser siempre obedecida, pero nos parece una grave falta no estudiar la acogida que el público dá á las obras poéticas. Si Víctor Hugo hubiese salido de su aislamiento; si en vez de leer se hubiese puesto á estudiar; si en vez de entregarse á fantasías filosóficas sobre temas que no conocía, hubiese recogido materiales; sin duda hubiera satisfecho á todos y sido verdaderamente original. Sus facultades bien equilibradas no le hubieran dado un talento igual á Byron, á Walter Scott y Chateaubriand; pero indudablemente hubiera venido el primero despues de ellos y sus obras no hubieran sido de menor importancia social.

Víctor Hugo es ahora en la historia literaria del siglo una figura escéntrica que sorprende: no es un poeta simpático, ni un autor que pueda dar lecciones. Si lo que escribe llama la atención, no es la atención de los hombres que piensan, sino la del público que, sediento de emociones que no le dan los jóvenes escritores contemporáneos, las busca con más fundadas esperanzas en un anciano, cuya educación y facultades irregulares le inspiran composiciones extrañas, fuertes, vigorosas. Salga un poeta de verdaderas condiciones y de instrucción completa; y el siglo conocerá que clase de sentimientos tiene por el autor de los *Miserables*.

LUIS CARRERAS.

## LA HISTORIA DE UN HOMBRE SOLTERO

### CAPITULO PRIMERO.

#### Nuestro hombre.

Aunque Luciano era eso que vulgarmente se llama un chico de talento, no habia formado su educación en la lectura del gran libro del mundo, sino que, apartado de su exámen, se habia dedicado con grande ahinco á la de los otros libros, y esto habia hecho de él un hombre instruido, mas no un hombre experimentado. La afición á las novelas y poesías y el deseo de confeccionar escritos con renglones mas ó menos desiguales, no habian sido parte tampoco para proporcionarle el desarrollo de esa facultad que se llama talento de mundo, y que es tan indispensable para profesar el arte de vivir. Sabido es que las novelas demuestran rara vez la realidad de la vida, y que no ha sido nunca escribiendo versos como han llegado los hombres á hacerse cargo de la manera de ser de la sociedad, que no es seguramente de exceso de poesía de lo que mas se resiente.

Sus prendas personales eran, por otra parte, escasas, y esto habia impedido tambien que por el camino de la fatuidad llegase á llamar á las puertas de la vida positiva y que lo solicitasen para entrar en su comercio.

Por todas estas circunstancias no habia podido acabar de formarse idea de las mujeres, contribuyendo únicamente la poesía á que la formase falsa.

Pero Luciano poseia como todos los hombres, en su primera juventud al menos, un poco de corazón, y era indispensable que este tomase mas tarde ó mas pronto el obligado camino del amor.

Y lo mismo tambien que todos los hombres que se entusiasman demasiado con la poesía de los libros, aspiraba á eso que se califica con la incorrecta frase de *algo superior*. Aunque entre las mujeres que le cercaban y con que mantenía las obligadas relaciones de la vida, habia algunas bonitas, sensibles y capaces de amarlo, estos seres, María por ejemplo, estaban en un contacto demasiado frecuente con él para que pudiese dejar de ver que tenían sus pequeñas debilidades y ridiculeces humanas, y para que pudieran corresponder, por tanto, á la elevación de sus pensamientos, formados en esa escuela estraña al mundo real, donde las mujeres no comen, ni se lavan, donde están exentas de todas las necesidades comunes á la humanidad y donde no hay ni camisas que zurcir, ni calcetines que apuntar. Así pues, aunque estas mujeres habian hecho que su corazón experimentase las primeras conmociones del sentimiento, su imaginación, ávida de lo inexistente, se habia separado de ellas al ver que no respondían al tipo allegado en su mente con la combinación de los desvarios poéticos y de las heroínas de novelas (que habia devorado).

Su número era, además, muy escaso, puesto que su

sociedad se reducía casi exclusivamente á la familia y á la de un vecino y antiguo amigo de sus padres, en cuya casa existía María, una linda chica, cuyos ojos eran azules y cuya alma era tierna, pero á la que Luciano trataba con una confianza demasiada para que cuando le parecía guapa ó cuando se dejaba arrastrar por los impulsos de la naturaleza estando cerca de ella, no viniese la *reflexion* á separarle de su cariño.

Tenia por únicos amigos á Antonio y Marcelino, y casi puede decirse que exclusivamente al primero, porque Marcelino, aunque habia sido tambien su compañero de infancia, habitaba casi siempre fuera de Madrid, y apenas se veían, por tanto. Antonio pertenecía á la raza de los seres completamente opuesta por naturaleza y por educacion á la de que formaba parte Luciano. Era uno de esos hombres que dicen estar por lo positivo, esto es, que no conocen en la mujer mas que una ocasion de deleite, en la naturaleza mas que la productora de las espigas que dan el pan y de los granos con que se ceban los capones, y en la sociedad un conjunto de goces materiales y de vanidad, cuya posesion regala los sentidos y escita la curiosidad ó la envidia de los semejantes.

Antonio pretendía ligeramente á María, diciéndole necedades y hasta obscenidades, y esto era tambien parte para que repugnase á Luciano ocuparse de una mujer que era objeto de adoraciones tan groseras y que era, segun él, bastante indigna—cualquiera otro se hubiera limitado á decir bastante niña todavía—para escuchar á Antonio sin tomar la actitud de una diosa ofendida. Luciano se ponía encendido de cólera y de vanidad, cuando, aun á solas le pasaba por la imaginacion el pensamiento de que pudiera establecerse un paralelo entre el amor que él era capaz de sentir y los villanos afectos de su amigo.

Iba, pues, viviendo de este modo el que ha de ser nuestro protagonista, separado del conocimiento del mundo, aislado y ocupándose del estudio y de las lucubraciones descabelladas y cabelludas de los que en semejante educacion se extravían. Los latidos con que el corazon se revelaba se habia decidido á tomarlos por miserables llamamientos de la materia que era necesario dominar, aunque su conducta hubiera podido dar á veces á entender, si el amor propio no le hubiera hecho ser demasiado cauto, que la necesidad que habia era la de satisfacerlos.

Bastante joven todavía aunque habiendo llegado ya á la edad en que todos los hombres dicen, creen ó sienten realmente que se han enamorado por vez primera, no desconfiaba de realizar sus sueños, y se dormía en esta confianza esperando á que pasase por delante de sus ojos cerrados el imaginado tipo.

Antonio queria llevarlo algunas veces por el mundo, mas Luciano le decía que nada tenia que hacer ni que buscar en el mundo de Antonio. Valia mas contemplar de lejos á las mujeres y esperar á que llegase su hora.

Esto si ya no habia amado, que en el extravío de sus ideas solia dudar algunas veces de que ya le hubiese pasado; de si lo que habia sentido al divigirse á

las mujeres, de que se habia separado á poco por encontrarlas demasiado materiales ó estúpidas, habia sido amor, y por consiguiente de si las decepciones de que hablan los poetas y que él habia cantado tambien en sus versos escondidos, eran estas.

Esas decepciones que hacen tan desgraciadas á las almas sensibles...

Pero entonces le era necesario confesarse por lo bajo y medio sofocando su propio pensamiento que el resultado de las decepciones se exajeraba un poco, pero que él no era realmente tan desgraciado como decían sus versos.

¿No hablarían estos mas que de decepciones teóricas?

Al que no le parezcan bastantes estos antecedentes para hacerse cargo de las circunstancias anteriores del personaje que ha de jugar principalmente en este relato, que siga adelante y acabará de conocerlo del modo que esto sucede en la vida práctica, poco á poco y cogiendo por la observacion continúa los hilos de su carácter. Lo mismo aconsejo al que busque el pensamiento moral que no ha de ser escrito en el prefacio, porque entonces el libro no se leeria ni daria lugar á que la aspiracion del escritor concienzudo se realizase, á que el lector dijera al cerrarlo: pues señor, esto es una prueba de que en el mundo suceden las cosas de tal manera, de que sin conducta debe ser esta, la realidad estotra, de que para ser bueno y para pasarlo bien es necesario tomar tal camino, de que la verdadera virtud se realiza del modo tal.

Al que no esté contento todavía, mucho siento verme obligado á darle este consejo, mas la única recomendacion que puedo hacerle es la de que no pase adelante. Ni llegará á aparecer nunca el *argumento* ante sus ojos, ni quedará tampoco satisfecho de los puntos colocados encima de las ias.

## CAPITULO II:

### Las fases de una luna.

#### I.

#### ORIENTE.

Antonio y Marcelino se encontraban por este tiempo en Madrid, viviendo juntos.

Como á sus antiguos y casi únicos amigos iba Luciano á visitarlos con frecuencia. Su amistad tenia para él además cierto atractivo, porque como chicos alegres y con dinero, llevaban una vida disipada, de que, por lo mismo que no la conocia ni podia apreciar en su verdadero valor, le agradaba escuchar los relatos.

Uno de los dias en que fué á verlos estaba Marcelino asomado al balcon mientras Antonio se vestía.

—Allí está la vecinita, dijo el primero haciendo visajes hácia uno de los balcones de enfrente, ¡Cómo se rie!



—¡Bah! pues mándala á paseo, contestó Antonio. Despues de hablarle, saludarle y darle bromas que admite desde aquí, la encontré ayer tarde en la calle, quise saludarla y se quedó tan espetada... ¡la nécia!

Luciano, con la curiosidad propia de todo muchacho que oye hablar de una mujer jóven, se asomó á verla.

—No vale cosa, se dijo.

## II.

### CUARTO CRECIENTE.

Trascurrieron algunos meses y Luciano pasó un dia por delante de la casa de sus amigos. En frente y detrás de las vidrieras de un balcon bordaba ó cosía una jóven.

—La vecina de mis amigos, pensó semi-maquinalmente Luciano, mirándola al paso. La jóven notó vagamente que alguno la miraba desde la calle y aproximó su cabeza á los cristales para ver mejor quien era.

El *alguno* se apercibió de ello y observó, al herir la claridad mas de lleno la cabeza que se inclinaba, que tenia esta bastante gracia en los movimientos y una fijeza muy penetrante en la mirada.

Cuando pasó Luciano otra vez por delante de la puerta de sus amigos no habian trascurrido tantos meses.

Insensiblemente se le hizo camino pasar por delante de ella.

La cabecita se inclinaba por detrás de los cristales y le seguía con la vista; pero el tiempo trascurría sin que el asunto pasara de aquí. Solamente sucedía que Luciano iba cambiando de acuerdo y empezando á pensar que *valia alguna cosa* la dueña de la cabecita, á quien alguna que otra vez habia encontrado en la calle, y que era tambien propietaria de un cuerpecito y de una ligera sonrisa, tan graciosos y elegantes por lo menos como la acristalada cabeza.

## III.

### PLENILUNIO.

Las cosas no habian de seguir así eternamente.

Ya hemos dicho que en la vecindad de Luciano, pared por medio y ligados por antiguas relaciones de amistad entre las familias, habitaba María.

María era una jóven de ojos garzos, de cabellera castaña y voluminosa, de tez blanca; pero con esa blancura opaca y atractiva que revela el germen de las almas sensibles, y de presencia muy agradable.

Pero Luciano la habia conocido desde niña; la habia visto crecer y desarrollarse; habia asistido á las pequeñas diabluras de su infancia, la trataba demasiado cerca, y no podia ó no queria comprender que existia en ella el principio de una verdadera mujer, de uno de esos seres que pueden llegar á ser, segun las circunstancias en que se encuentran, una amante apasionada, una esposa tierna y casta que inunde de la felicidad mas agradable, de esa felicidad secreta que

no acibara la codicia de los otros, el hogar de un hombre recto y probado, y que podia llegar á ser tambien una heroina y hasta una degenerada ramera.

No decimos que Maria fuese aun, ni con mucho, nada de esto, sino que habia en su naturaleza el germen de cualquiera de estas cosas. Por el momento, y en tanto que el vaso no se abria para exhalar su perfume, que por estar demasiado tiempo encerrado podia corromperse, era simplemente una muchacha semejante á las demás, inocente sin saberlo ni creerlo, tímida, amiga de hablar de modas y espectáculos y de que la dijeran ó significarán que era bonita, aunque le costase esto la pena de tener que ruborizarse.

La que se vió opinadamente en el caso de tener que hacerlo una mañana, en parte por la sorpresa y en parte por la emocion, fué una jóven que se asomó al balcon de la casa de María contiguo al de la habitacion de Luciano.

Pasaba, no recuerdo que cosa si procesion ó escándalo, por la calle, y habian acudido los vecinos á sus balcones.

Marcelino que estaba con Luciano acudió tambien con este al suyo y experimentaron la misma sorpresa, aunque no nos atrevemos á asegurar que se ruborizaran al menos el primero.

La jóven que se habia asomado en la casa de María era la vecina de Marcelino.

—¡Cómo! ¡V. aquí! exclamó Luciano.

—¡Vecinita, por todas partes la persigo! Cuanto tiempo, etc., empezó á decir Marcelino.

La jóven articuló algunos monosílabos, salió en esto tambien María al balcon y la conversacion se generalizó algo, hablándose del suceso que pasaba en la calle.

Durante esta Luciano y la *vecinita* cambiaron algunas ojeadas que iban siempre subseguidas por parte de esta de una sonrisa, pues demostraba tener un carácter alegre, al contrario de María que indicaba inclinarse mas á lo melancólico. Tambien en lo físico formaban contraste. La desconocida tenia la piel fuertemente sonrosada, con un color que denotaba vigor y hasta pasion, y que teñia deliciosamente desde su esbelto y magníficamente contorneado cuello hasta su frente, cuando se encendia por cualquier cosa; casi mas por accidente físico que por impresion moral. Sus cabellos negros y arreglados en rizos al rededor de su encantadora cabeza, exhalaban embriagadores perfumes cada vez que se estremecian al impulso de sus locos movimientos. Su mirada brillante y fija unida á los efluvios de su cabellera y de todo su ser de muger jóven y elegante, envolvía al hombre que estaba cerca de ella en una atmósfera embriagadora.

—¿Viste esa chica como se ruborizó al salir al balcon y encontrarse conmigo? dijo Marcelino á Luciano con aire petulante.

—¡Necio! pensó este en vez de contestar; se atribuye su rubor.

Y con la conciencia de que el rubor de la jóven le pertenecía á él, Luciano que nunca habia estado tan en contacto con una muger realzada en su hermosura por el marco de los artificios, que á la seducccion de lo

desconocido, unia para él el atractivo de que se le ofreciera su amor de tal modo que se veia libre de todos esos enojos trámites preliminares que acaso le hubieran hecho retroceder, Luciano, repetimos, se dejaba arrastrar tras su encanto, y se puso á aspirar dentro de si mismo, porque ya llenaba mucha parte de su corazon, los voluptuosos aromas que se habian desprendido de ella.

Así esperó, no sin la mas grande impaciencia, la ocasion de ver á María y preguntarle quien era aquella jóven que tuteaba y con quien habia observado que tenia la mayor confianza, sin que el supiera quien fuese á pesar de sus antiguas y estrechas relaciones.

La jóven tuvo mas fortuna que nuestro amigo. Pudo acribillar á María con preguntas acerca de este, apenas abandonaron el balcon. Luciano se desquitó por la noche dirigiendo en cuato vió á María la siguiente pregunta á boca de jarro.

—¿Quien era esa jóven que salió contigo esta mañana al balcon?

María antes de responder se sonrió.

—Mi prima Concha, dijo al fin. ¿Que interés os tomáis el uno por el otro!

—¿Cómo? ¿porqué?

—Ella me ha hecho tambien una multitud de preguntas respecto á tí.

—¿De veras? ¿Te ha preguntado por mí? ¿Y que te ha dicho? ¿Conque es tu prima Concha?

—¿La hija de tu tio D. Pedro? ¿Pues no estaban reñidos vuestros padres hace tanto tiempo, y no os tratabais ni os veiais? ¿Cómo es eso?

—Las desavenencias de familia no habian de ser eternas. Se han hecho las amistades con gran contento de nosotros, con motivo de la enfermedad de mi padre y mi prima ha venido esta mañana de paso que volvía de misa.

—De modo que ahora.....

—Ahora, ya lo ves, seremos inseparables.

—Es decir que vendrá esta noche, exclamó Luciano dando casi un salto de alegría.

—No; esta noche no viene.

—¿Cómo! ¿Y por qué? prorrumpió el jóven en tono de reconvencion.

—Va al teatro con unas amigas; pero ¡qué interés tan grande te tomas por mi prima! añadió la pobre María casi con aire de dulce reproche.

Luciano, desentendiéndose de esta última frase trató de averiguar á que teatro habia ido la jóven, y una vez enterado, á los diez minutos habia hallado, ó por lo menos buscado pretesto para marcharse. No hay que decir que un cuarto de hora despues estaba torcido en una butaca de la Zarzuela con la espalda vuelta al espectáculo y dirigiendo pertinazmente sus gemelos hácia el palco en que habia divisado desde que entró á Concha. Esta tardó mucho mas en aperibirse de la presencia de Luciano en el teatro, lo cual causaba en él una impaciencia devoradora, pero al cabo lo notó y fué recompensado con la mas divina sonrisa.

Escusado es decir que Luciano la siguió á la salida

del teatro y que encontraron ocasion de cambiar unas cuantas palabras. Tambien puede adivinarse desde luego que hallándose la jóven tan propicia, como que puede decirse lo puro todo de su parte, antes de tres dias se habian dicho que se amaban, habian trocado las frases y juramentos consiguientes y eran en una palabra eso que se llama *novio* y *novia*.

Como todos los jóvenes que se encuentran en el primer período de este estado no sabian estar mas que juntos escribiéndose cuando no se veian, ó hablando el uno del otro. Esto obligaba á la pobre María á ser el confidente necesario de ambos.

—Pero ¿tú amas á Luciano? preguntó un dia á Concha despues de una exaltada perorata de esta.

—¡Vaya una pregunta! Si no no seria mi novio.

—No te la hago sin motivo. Sé que tenias relaciones con otro jóven cuyos amores no consentian tus padres.....

Concha se inmutó ligeramente, pero su turbacion pasó en seguida y repuso:

—Es verdad que he tenido relaciones con Paco, que le he querido mucho; pero ahora las tengo con Luciano y á Luciano es á quien quiero.

María miró á su prima bastante admirada; pero era demasiado niña para poder formular el pensamiento que se presentaba vagamente en su imaginacion; para decirle que los sentimientos no se imponen de esa manera, y calló.

—No debo ocultarte, continuó Concha, que eso mismo que dices ha influido en que yo acepte el amor de Luciano. He estado fuertemente impresionada con Paco, y quiero demostrar que lo he olvidado, dando la mas completa seguridad á mis padres y á él mismo haciéndoles ver que tengo otras relaciones con un hombre que tiene además para casarse otras circunstancias de que Paco dice que carece. El dice que á pesar de todo se casaria conmigo, pero no es posible vencer la repugnancia de mis padres.....

Como habrá observado el lector Concha, creyendo ocuparse de Luciano se ocupaba mucho de Paco.

#### IV.

##### CUARTO MENGUANTE.

—Pues señor, se decia Luciano quince dias despues, conozco que voy amando á Concha; y es lástima porque no es mi tipo, pero ¡es tan guapa! Podria tomarse por una mujer vulgar á primera vista; pero como se haga uno cargo de su manera de mirar, y sobre todo, de ondular su graciosa cabeza, se desengaña de su error. Lo que siento es así como miedo de parecerle ridículo en algunas cosas; pero ya se hará cargo de que no hago uso de ciertas frases y ciertos extremos bardos ó por decirlo así de ceremonia, de esos que consagra el uso y que son ajenos al sentimiento, por la misma razon de que la amo. Sí, ¡ella me comprenderá! ¿No es verdad que me comprendes, Concha? saltó inopinadamente y en voz alta, para que lo entendiese la jóven, que estaba á su lado.

—Y ¿qué es lo que quieres que comprenda si hace media hora que estás ahí mirando al techo y sin decirme una palabra? ¡Vaya una diversion! ¡Tener relaciones con un hombre así!

—¡Así! pues ¿qué es lo que me pasa? ¿Cómo soy yo?

—Un hombre que no me quiere, replicó Concha bajando la voz, inclinando la cabeza y acompañándose de ese tono meloso que usan las mujeres vulgares cuando pronuncian esta frase por no saber decir otra.

Luciano quiso hacerle comprender que su cariño era inmenso, que se cifraba en mirarla, en oír la armonía de su voz, en pensar en ella.....

—Sí; no dejarás de pensar en mí.

—Te juro que.....

—Pues ¿por qué mirabas tanto á Fulanita?

Luciano se quedó tan frío como si hubiese recibido en medio del corazón una tonelada de agua de nieve. Por añadidura no sabía siquiera quien era Fulanita.

Pero Concha no paró aquí; continuó disertando sobre este obligado tema y acabó con la consabida frase:

—Sí todos sois lo mismo; unos embusteros.

Si Concha no acompaña estas últimas palabras con una de sus más dulces miradas y de sus lánguidos escorsos, y sobre todo si el corazón del joven no hubiese estado tan necesitado de amar á la mujer, por la mujer más que por sus circunstancias particulares, el amor de Luciano se convierte en una nueva decepción, algo más positiva que las experimentadas hasta entonces.

Pero aquellas miradas y aquellos bamboleos de cabeza le tenían subyugado y le bamboleaban á él el alma.

Si no me hubiera propuesto no detenerme á consignar necias reflexiones, me haría cargo aquí de la relación que se establecía entre el amor exageradamente ideal de Luciano y estos hechos puramente físicos.

A pesar de todo hubiera sido posible que el exceso de poesía de nuestro héroe no hubiera podido resistir á la vulgaridad natural de su amada, si no hubieran ocurrido los sucesos que vamos refiriendo.

Apenas habían pasado tres meses, y creía notar Luciano que Concha, que había manifestado grande entusiasmo al principio, estaba ya sumamente fría y parecía huir de su presencia y esquivar las entrevistas.

—¿Será mi poco arte para hacer el amor lo que produce este efecto? se preguntaba el pobre chico. Si yo pudiera decirme á decir esas necedades que se me hielan en los labios cuando voy á proferirlas. ¡Gustan tanto de ellas las mujeres!

Y Concha seguía pareciendo desasosegada á su lado; solía salir cuando él iba á verla y no hacer caso de sus citas. Esto contribuía á irritar y por consiguiente á encender la pasión de Luciano.

Llegó una noche en que no pudo verla. Al día siguiente trató de reprochar su conducta. Ella apenas se sonrió y no le hizo caso.

Pasaron ocho días sin que nuestros jóvenes se encontraran. Al cabo Concha, sumamente abatida y con visibles huellas de dolor en el semblante, llegó á dar

grandes quejas á Luciano por su conducta. El joven al verla tan apenada, se dijo:

—¡Cuánto ha sufrido! ¡Oh, qué placer! me ama, me ama mucho! Y yo que empezaba á dudar de ella!

Con esta alegría el joven, que estaba hartamente enamorado, que pasaba las noches y los días pensando en ella, que soñaba en ella, que había encarnado con ella, porque era mujer y porque se había apoderado de su alma, todos sus antiguos sueños, no solo se sintió dispuesto á perdonar, sino á cargar con las culpas y á ser el perdonado.

La más dulce armonía volvió á establecerse entre ambos amantes. María los observaba, sobre todo á su prima, con cierta admiración mezclada de tristeza.

## V.

## OCASO.

Pero esta buena inteligencia fué meteórica; duró una semana. Aun no había pasado esta y María decía á su prima:

—No parece sino que te cansas al lado de Luciano, Concha contestó con una mirada indefinible, una sonrisa y un encogimiento de hombros.

Como ha dicho no sé quien, que el amor se alimenta con la duda y se hastía con la certidumbre, todas estas alternativas contribuían á aumentar el de Luciano.

Así pasaba el tiempo y la situación era ya completamente insostenible.

—Esto no puede seguir así, dijo Concha una noche á Luciano.

—Es verdad, dijo el joven; mas parecemos dos enemigos que se esquivan que dos amantes.

—Tú no me amas.

Luciano quiso protestar.

—Tú no me amas, continuó Concha con el tono de la persona que no quiere admitir objeciones, y yo á tí tampoco.

Luciano sintió sobrecogido todo su ser por tal sorpresa, que no pudo articular una palabra. Esto fué aquiescencia para Concha.

—Olvidémonos, dijo, y todo habrá terminado. Hemos tenido un delirio; no podríamos convenirnos y no debías haberme engañado, pero yo te perdono.

Estas fueron las últimas palabras de Concha, que se levantó enseguida separándose del lado de Luciano, y no volvió á hablarle en toda la noche.

—¡Pero esto no puede ser, Dios mío! se decía Luciano ya en su casa. Esa mujer es mi alma, es indispensable á mi existencia; privarme de ella es privarme de la vida. No, no me lo ha dicho; ha sido una ilusión; quiere engañarme, probarme acaso.....

¡Ay! no, que había la expresión de la verdad más completa en el tono con que me ha dicho que no me amaba. Pero si eso es imposible; si yo la amo más que á mí mismo, si yo moriré sin ella. Si yo.....

Et cetera. Todos pueden hacerse cargo de lo demás que pensaría y se diría Luciano. ¿Quién es tan ventu-

roso que no se haya dicho cosas semejantes algun dia? Búsquelas, pues, cada cual en sus recuerdos.

Luciano agotó todos los recursos del ingenio de su enamorado durante quince dias para tener una nueva explicacion con Concha; pero esta agotó á su vez todos los recursos de una mujer que no quiere encontrarse con un hombre.

La desesperacion del convencimiento se fué apoderando de nuestro jóven. Ya que no podia hablarla quiso verla, y hubo noche que pasó tres y cuatro horas en vuelto en su capa, húmeda por el relente y las lágrimas, sentado como un mendigo en los escalones de una iglesia próxima á su casa para verla pasar. Ella, parecerá extraño, pero es cierto, ni aun pasó. Acaso tendrá tambien el corazon presentimientos repulsivos.

Pero un dia, y cuando lo esperaba menos, se encontró Luciano con Concha; y esta se sonrió casi con coqueteria. Su corazon dió un salto, que estuvo á punto de romper las paredes de su pecho.

¡Pobre esperanza! Dos dias despues fué inaudita su frialdad.

Y un mes mas tarde Concha se habia casado; Luciano fué presa durante una semana del delirio. Quiso matarse y acabó por emprender un largo viaje. Un viaje en que encontraba la naturaleza vacía, todo yerto, solitario en torno suyo. La misma magnificencia de los dias serenos de alta mar no era bastante para mitigar sus dolores con su majestuosa calma que los calma todos.

NOTA. Concha se habia casado con Paco.

### CAPÍTULO III.

#### Al otro lado del mar.

##### I.

Despues de haberse puesto el sol, si es que en las tardes serenas del verano puede decirse que el sol se pone para el efecto de disminuir la claridad, en las regiones intertropicales; hablaban dos mujeres jóvenes y lindas, sentadas en uno de los bancos del jardin oculto por un magnífico dosel de follaje.

—Sí, me agrada, yo le amaría exclamaba una de ellas; pero no me dice nada. Debe andar enamorado ó es acaso demasiado tímido. ¡Desde que llegó aqui hace unos tres años, anda siempre tan melancólico, tan triste! No puedo ocultarte que me interesa ese jóven; seria una necedad que tratara de hacerlo. Manifiesta que le complace hablar conmigo, pero nunca pasa de ahí.... ¿Qué quieres que te diga? Yo de buena voluntad lo aceptaria pero él no se decide, ó mas bien, no piensa en mí; no le hago experimentar otro sentimiento que una amistosa simpatía, y será forzoso que acepte á mi primo Ricardo, que me viene importunando siempre, y que es guapo, eso sí, pero me cae tan pesado...

A doscientos pasos de distancia se decia un jóven pálido, delgado, de cabello y ojos negros y con aspecto melancólico:

—Conozco que podría volver á amar, aunque con

honda pena, y nunca del modo que á Concha, que ha sido toda mi vida; pero Natalia es hermosísima y pura como el delirio original de un artista, es una naturaleza apasionada como lo es todo en su país, y luego es tan deliciosamente cándida! ¿Mas podré yo renunciar al pensamiento de Concha? ¿Lo querré siquiera? ¿No me haré una ilusion al creerme capaz de amarla? La verdad es que el recuerdo de Concha me oprime todavia el corazon y que paso largas noches de insomnio en mi desolado lecho, pensando que otro hombre la oprime al mismo tiempo contra su pecho con el bárbaro é inapelable derecho de ser su dueño.

Y despues de todo ¿qué castillo de naipes es el que fabrico? ¿Acaso tengo alguna seguridad de que me ame Natalia? Es verdad que parece experimentar alguna simpatía por mi desgracia, que medio adivina; pero esto no pasará de ser un sentimiento de lástima; si le dijera que la amaba se extinguiría..... acaso. En fin..... dejemos obrar el tiempo: voy á pasar ahora quince ó veinte dias en la finca de D. Tomás y luego.... luego veremos con mas claridad el estado de mi corazon y el suyo.

##### II.

—Ya ves lo que es ese hombre! Cuando tú me decias que me amaba, que lo conocias en sus miradas y esto me ponía contenta al par que ruborosa, se me acercó para decirme indiferente: que se va á pasar quince dias en el campo con un amigo!

¿Y han pasado ya los quince dias?

—Hoy hace veinte y cinco que se marchó y ni ha habido la menor noticia suya.

No se acuerda siquiera de que yo existo en el mundo.

—Mira; tu primo Ricardo viene hácia aquí; querrá seguramente sacarte á bailar.

—¡Importuno!

—Vamos, que no es mal mozo.

—¿Lo crees tú así? Yo no me ocupo siquiera de ello.

—¡Y él te quiere tanto...!

—¡Jesus! si hace unos extremos....

—Y tú porque...?

—¡Mujer! si....

—¡Qué tonta eres! Pues ¿qué se le puede pedir?

Natalia y Ricardo se confundieron entre las demás parejas, estrechándose en el voluptuoso abrazo de la danza.

—Pues, señor, se decia en tanto Luciano, volviendo á caballo de la hacienda de su amigo, estoy decidido; este mes que he pasado observándome, cuidando de no engañarme y de hacerme cargo de la sinceridad y extension de mis afectos, me ha hecho conocer que aun puedo amar á Natalia. Decididamente esa linda y amorosa niña puede curarme con sus dulces ojos. Creo que no seré del todo mal recibido, porque, ó confundo la simple simpatía ó la compasion con el amor, ó ella me ama.

##### III.

—Parece, Natalia, como que huye V. de mí durante toda la noche.

—¡Yo! Sr. D. Luciano, yo, no por cierto. Es que...  
—Y yo persiguiéndola á V. porque tengo que hablarla...

—(Ay, Dios mio, qué será!) No sé si la ocasion... me parece...

—(Vamos ya adivino; el rubor natural. Yo mismo me siento algo embarazado... pero... ¡allá voy!...) Natalia, ¡yo la amo á V!

—¡Caballero!

—Sí, ¡la amo, la adoro á V. con toda el alma!

—Caballero, yo no puedo escuchar... (¡Oh, necio! ¿por qué has hablado tan tarde?) V. no sabe...

—Solo sé que la adoro á V. hace mucho tiempo; que mi amor ha sido respetuoso por lo mismo que era sincero; pero que las pruebas de deferencia que he recibido de V. me animan, que me atrevo á revelárselo, esperando que quien ha sido tan buena conmigo, que quien me ha hecho esperar con sus miradas, con sus medias palabras, con su rubor la dicha de hacer mía su alma no será hoy ingrata...

—¡Caballero! no debo oír una palabra mas; usted me ofende interpretando de esa manera los movimientos de simp... de compa... de amistad que haya podido inspirarme su tristeza... (Vacilando y ruborizándose á pesar de todo.) Me voy á casar dentro de un mes con mi primo Ricardo, y no puedo continuar escuchando un momento mas sus palabras.

Natalia se alejó con el aire de una mujer ofendida, que es uno de tantos aires hinchados como pueden tomarse en el mundo.

RICARDO MOLINA.

(Continuará.)

## LA MARIPOSA.

Poesía imitada de Lamartine.

Nacer con la risueña primavera,  
vagar sobre las alas de la brisa,  
mecerse en cada flor de la pradera,  
parecerse al amor de una sonrisa;

Despertar la ternura con sus galas,  
sacudir sobre el seno de las flores  
el polvo minucioso de sus alas,  
embriagarse de luces y de olores,

Y morir con las hojas de la rosa  
al soplo del invierno peregrino,  
tal es, en una página, el destino  
del insecto llamado mariposa.

Su imagen el deseo en ella tiene:  
caprichoso, voluble, sin firmeza,

todo quiere tocar con ligereza,  
pero al fin sobre nada se detiene.

JOSÉ DE JESUS DOMINGUEZ.

Paris, 15 Mayo, 1867.

## PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

Se han espedido por el Ministerio de Ultramar los importantes decretos y Reales órdenes que insertamos á continuación.

El primero publicado en la Gaceta del 15 del pasado, tiene por objeto el arreglo de las tarifas de Correos para España y sus posesiones, estableciendo el sistema decimal en pesos y en monedas para el franqueo de la correspondencia. Insertamos su parte referente á las Antillas, que es como sigue:

PARA CUBA Y PUERTO-RICO.—POR BUQUES ESPAÑOLES.

La carta sencilla que no esceda de 10 gramos, se franqueará fijando en el sobre sellos por valor de 100 milésimas de escudo por 10 gramos.

La que esceda de 10 gramos y no pase de 20, 200 milésimas de escudo por 20 gramos.

Y así sucesivamente, aumentándose 100 milésimas por cada 10 gramos de peso.

Los periódicos con las condiciones referidas anteriormente se timbrarán al respecto de 8 escudos por cada 10 kilogramos.

Las obras impresas y litografiadas con las condiciones ya dichas, se franquearán fijando sellos por valor de 20 milésimas de escudo por cada 20 gramos ó fracción de 20 gramos.

Los libros encuadernados en pasta ó media pasta, con id. se franquearán fijando sellos por valor de 50 milésimas de escudo por cada 20 gramos ó fracción de 20 gramos.

Las muestras de comercio, sin valor, se franquearán á la mitad del porte de las cartas, ó sea fijando sellos por valor de 50 milésimas de escudo por 10 gramos ó fracción de 10 gramos.

Las cartas ó pliegos certificados, llevarán además de los sellos que correspondan á su franqueo, otros por valor de 400 milésimas de escudo, cualquiera que sea su peso.

PARA CUBA Y PUERTO-RICO.—POR LA VIA DE INGLATERRA.

La carta sencilla que no esceda de 10 gramos, se franqueará fijando sellos por valor de 400 milésimas de escudo por 10 gramos.

La que esceda de 10 gramos y no pase de 20, 800 milésimas de escudo por cada 20 gramos.

Y así sucesivamente, aumentándose sellos por 400 milésimas por cada 10 gramos.

El segundo de dichos decretos, ha venido á suprimir los pasaportes hasta hoy necesarios para transitar por las Antillas, y pasar á cualquiera de los puertos de la Península.

Inútiles los pasaportes para precaver los males, objeto de su creacion, causaban en cambio grandes perjuicios á las relaciones de aquellos pueblos entre sí y con la madre patria, por lo que no podrá menos que ser grandemente celebrada su desaparicion. Dice así:

#### REAL DECRETO.

«Conformándome con lo propuesto por mi ministro de Ultramar, y de acuerdo con la seccion de Ultramar Consejo de Estado.

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Quedan suprimidos los pasaportes y demás documentos que actualmente se expidan á los viajeros y vecinos de los pueblos para transitar de un punto á otro dentro de las Islas de Cuba y Puerto-Rico, y para pasar á la Península y demás posesiones españolas y al extranjero.

Art. 2.º Al principio de cada año, y desde luego despues de la publicacion de este decreto, la autoridad correspondiente facilitará á los padres ó cabezas de familia una cédula de vecindad para sí y otra para cada uno de los demás individuos de que aquella se componga con arreglo al padron. Todo viajero deberá ir provisto de este documento con obligacion de exhibirlo cuando á ello fuere requerido por autoridad competente. A los criados libres se les expedirá cédula separada en virtud de reclamacion del amo si están sirviendo, y si no lo están en vista de su padron respectivo.

Art. 3.º Cada padre ó cabeza de familia pagará 250 milésimas de escudos por las cédulas que necesite para sí y demás individuos de aquella, cualquiera que sea su número. Se exceptúan de este pago los pobres de solemnidad, los braceros y obreros que no tengan mas medio de subsistencia que el jornal diario, y las viudas y huérfanos que no posean mas que su pension, si esta no escede de 400 escudos anuales.

Art. 4.º A los extranjeros transeuntes les servirá de cédula de vecindad cualquiera documento oficial que acredite su personalidad, el lugar de su procedencia y el objeto de su viaje á las islas. La presentacion de dicho documento podrá ser exigida por las autoridades ó sus agentes cuantas veces lo estimen conveniente.

Art. 5.º Los extranjeros que carezcan de él serán admitidos en la isla siempre que se presenten á la autoridad y hagan constar su personalidad en una declaracion firmada por dos vecinos de la poblacion en que ingresen, que den testimonio de que los conocen y de que es cierto lo que declaran, manifestando al mismo tiempo el punto de su procedencia y el objeto de su viaje.

Art. 6.º A los emancipados, esclavos y colonos asiáticos les servirán de cédula de vecindad las de registro de sus respectivos empadronamientos.

Art. 7.º Las cédulas se repartirán á domicilio á todo el que estuviere empadronado, haciéndose este servicio por los dependientes de la autoridad, los cuales recogerán en el acto su importe y la nota que deberán dar los cabezas de familia con arreglo al padron para los efectos que en el art. 1.º se

previenen. Estas cédulas se renovarán en el mes de Enero de cada año, repartiéndose de la misma manera que queda espresada. Contendrán el nombre y apellidos paterno y materno del interesado, sus señas personales, su estado, profesion, ocupacion ó empleo, la calle y casa en que habitare ó la denominacion de la vivienda si morase en hacienda, estancia ó paraje aislado, y el distrito municipal á que pertenece. El cabeza de familia firmará su cédula y las de todas las personas que estén bajo su dependencia, y el representante de la autoridad que las espida las autorizará con su firma y sello.

Art. 8.º La falta de cédula de vecindad será causa legal para la detencion del vecino, y para la imposicion de las multas ó penas que haya lugar.

Art. 9.º Continuarán espidiéndose pasaportes á los que lo soliciten para viajar por Estados donde no se haya suprimido este requisito, presentando la cédula de vecindad en la forma correspondiente.

Art. 10. A los aforados de Guerra y de Marina se aplicarán las disposiciones especiales de estos ramos en cuanto á la expedicion de pasaportes.

Art. 11. No podrán salir de las islas los mozos sujetos al reemplazo del ejército de la Península ó al servicio de milicias en aquellas, aunque se hallen provistos de cédulas de vecindad, si antes y al efecto no prestan las fianzas ó garantías que para el caso se han determinado por las leyes vigentes.

Art. 12. Los gobernadores superiores civiles de las islas de Cuba y de Puerto-Rico adoptarán las medidas oportunas para el mejor y mas exacto cumplimiento de este decreto.

Dado en Palacio á catorce de Mayo de mil ochocientos sesenta y siete.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Ultramar, Alejandro Castro.

#### REAL ÓRDEN.

Excmo. Sr.: Aprobado por real decreto de 12 de Marzo del corriente año el arancel de Aduanas que ha de regir en esta isla desde 1.º de Julio próximo venidero, y no habiéndose hecho en él especial mencion del material para construccion y explotacion de ferro-carriles y tramways, pudieran surgir dudas sobre la subsistencia ó virtual derogacion de lo dispuesto por Real orden de 28 de Abril de 1866, que fijó en 6 y 7 por 100 en bandera nacional ó extranjera y por factura el derecho arancelario que debian abonar las empresas por razon de los objetos introducidos para la construccion y explotacion de las espresadas vías. Y deseando S. M. no solo evitar la menor vacilacion en los adeudos, sino favorecer todavía en mayor escala el desenvolvimiento de aquellos poderosos agentes de comercio, al par que la introduccion nacional, ha tenido á bien declarar que se halla subsistente y en toda su fuerza y vigor la ya citada real orden de 28 de Abril de 1866, y disponer que á las introducciones de material para ferro-carriles que se verifiquen desde 1.º de Julio próximo venidero se aplique la siguiente tarifa:

La produccion nacional en bandera tambien nacional, libre de todo derecho de Aduana; la produccion extranjera en bandera nacional pagará un 4 por 100 segun factura, y 6

por 100 igualmente con arreglo á factura la produccion extranjera en bandera tambien extranjera. Para los efectos de esta disposicion se reputarán material de construccion y explotacion de ferro-carriles exclusivamente los efectos contenidos en la relacion adjunta.

De real órden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde V. E. muchos años. Madrid 27 de Mayo de 1867.—Castro.—Señor gobernador superior civil de la isla de Cuba.

*Relacion que se cita.*

Coches para ferro-carriles y piezas de repuesto de los mismos.

Wagones, id. id. id.

Locomotoras, id. id. id.

Carriles, clavazon para la via, traviesas, coginetes.

Cambios de via, plataformas, señales, depósitos de aguas, máquinas para billetes, máquinas para enderezar carriles.

Puentes de hierro, cubiertas de hierro.

Alambre para el telégrafo, postes de madera ó hierro, pila y aparatos telegráficos.

Otra importante Real órden se ha dirigido al gobernador superior civil de Cuba, encargando á dicha autoridad que se proceda con mas cuidado y detencion en la redaccion y exámen de los presupuestos y cuentas de los Ayuntamientos de la isla, procurándose regularizar su contabilidad á fin de evitar las irregularidades que se advierten en los estados anteriormente remitidos.

Los datos acerca de los ingresos de los Ayuntamientos por productos del impuesto directo sobre rentas, han de servir de base para conocer la riqueza inponible que ha de ser gravada á consecuencia del nuevo sistema tributario. Segun el resumen que se cita en la Real órden á que nos referimos, resulta que en el año de 1865—66, el 4 por 100 sobre la renta de fincas urbanas produjo, 1.583,391 escudos; el 2 por 100 sobre la renta de las fincas rústicas, 1,535,941 idem; las cuotas señaladas á la industria y al comercio, 1.214,765; y el 4 por 100 sobre el valor de los solares yermos, 6,140.

Con arreglo á estos resultados, calcúlase que el importe total de la renta de las fincas urbanas asciende á 38.184,229 escudos; el de las fincas rústicas, 78.396,390, y el importe total del valor de los solares yermos, 2.335,552.

Con la mayor complacencia publicamos el siguiente trabajo que nos remiten de Mayagüez, placiéndonos grandemente que los hombres pensadores de Puerto-Rico se ocupen prácticamente de asuntos que tanto interesan á aquel país. De la misma manera lo haremos siempre con cuantos quieran hacer eco á nuestra Revista de sus sensatas opiniones.

*Mayagüez 12 de Mayo de 1867.*

El 10 de Junio de 1865 apareció un decreto del Superior Gobierno, organizando la instruccion pública. Los hombres pensadores, los amantes del país, los que nos ocupamos ó pensamos demasiado en el porvenir de este, batimos palmas en honor de aquel decre-

to, el cual causó cierto júbilo en nuestros corazones, y mas de una vez en nuestro interior entonamos alabanzas en pro de quien impulsaba el adelanto de esta tierra querida. Y todo esto, ¿por qué? dirá alguno. Porque la instruccion pública es como un brillante faro á cuya luz viven los pueblos y señalan sus progresos; porque la instruccion pública es un elemento poderoso de civilizacion; porque por medio de la instruccion el hombre llega á conocer perfectamente sus derechos y es mejor ciudadano y mejor padre de familia.

En un país tan poblado—relativamente—como Puerto-Rico, es muy exiguo el número de los que saben leer, y con la aparicion de aquel decreto, que tanto nos entusiasmó, nos figuramos ver desde luego, á esta Isla, salir de esa apatía y negligencia que son inherentes al deplorable estado de la ignorancia, pues comprendimos al pié de la letra el citado decreto, y sobre todo uno de sus artículos, que dice: «la instruccion es gratuita y obligatoria para todos los españoles.»

Despues se publicó el número de escuelas que debian plantearse en las poblaciones de la Isla y sus campos, con una dotacion de ochenta mil y pico de pesos sin contar lo que importa la Escuela superior de niñas de la capital, y sin incluir tampoco el presupuesto que tendrá cada Municipio para atender á los gastos de enseres, alquileres de casas, textos y demás necesario, porque se da á los maestros hasta el agua que han de beber los niños, durante las horas de clase, y la tisa que gasten en el año. Y aquella gran suma y estas han sido votadas; es decir, el país tiene áuestas, por solo este ramo, una contribucion inmensa, muy lejos de su riqueza y de su estado actual; con gusto ó sin él, votó las cantidades necesarias, como ya hemos dicho.

Ahora bien, á un pueblo que así se grava, y cierra los ojos ante sacrificios extraordinarios, que obedece ciegamente las disposiciones superiores, y se prepara á gozar las ventajas que con justo título espera en compensacion de sus sacrificios, ventajas que le ofrece el mismo decreto orgánico, ¿hay razon para que no se le cumpla lo ofrecido, no cumpliéndose el decreto del Gobierno?

Creóse en seguida la Junta superior de instruccion pública, y vinieron luego disposiciones ulteriores, con objeto tal vez del bien, pero perjudiciales, por lo tanto, al país, y contradictorias con el decreto orgánico; pues en este se expresa que la instruccion es gratuita y obligatoria para todos los españoles, y mas tarde se previene que las Juntas locales fijen el número de niños que deban concurrir á las escuelas, y el estipendio que han de pagar los que se consideren pudientes.

Procediéndose así como se está procediendo, la instrucción ni es gratuita, ni es, ni puede ser obligatoria para un padre que envíe sus hijos á la escuela, si el profesor de esta le ha manifestado que ya está lleno el número que se le fijó. Y si un padre pudiente, y como tal contribuye á sostener esas escuelas, tiene confianza en los maestros de las mismas, y no quiere enviarlos á los colegios particulares, ó acaso no desea otra educación para su hijo que la que pueda alcanzar en una Escuela superior, ¿estará obligado á abonar estipendio, después que sus contribuciones se han aumentado de un modo considerable por el ramo de instrucción pública? Ni creemos esto lógico, ni equitativo, ni justo: lo sería si se observase la práctica que en la Península, esto es, que la instrucción sea verdaderamente gratuita, para que pueda ser obligatoria, y que no se limitase el número de niños que han de concurrir á las escuelas, sino en cuanto al que pueda contener el local, habiendo en cada población las necesarias á su vecindario.

Una de las disposiciones del referido decreto orgánico dice que las escuelas se proveerán por oposición, y hé aquí la garantía para el país, y una de las causas que motivó nuestra alegría y que nos hizo comprender que la instrucción iba á ser una verdad; pero mas tarde, aproximándose la época del planteamiento de las escuelas, publicado por los Municipios el número de las que debían cubrirse, y preparados algunos profesores para presentarse en la Capital á hacer la oposición respecto de las superiores, y otros ante las Comisiones de exámenes de los departamentos, para las elementales; cuando alentábamos á unos con nuestros pobres consejos y á otros con nuestros buenos deseos por el adelanto de la instrucción pública en este país tan digno de cariño y atenciones; pues esperábamos ver cumplido el decreto orgánico y justificada la misión de la Junta Superior, y realizada la garantía de la oposición en favor del país, como compensación de sus sacrificios nos viene una circular, por uno de cuyos artículos se llama á los maestros de las escuelas de departamento, y previo examen se proveyeron las Escuelas superiores con una dotación de 250 escudos mensuales, y la fé en el presente y la esperanza para el porvenir (respecto de la instrucción pública) desaparecieron de nuestros corazones, y entró la desconfianza, como entra siempre en todos los asuntos desde el momento que se altera la marcha de ellos ó cesa la garantía de los mismos. No se cumplió, pues, el decreto, porque no hubo la oposición prevenida.

Tal vez dirá alguno que atacamos á los profesores superiores de dotación. Debemos advertir que no,

pero que hubiéramos deseado, y así lo esperábamos, que otros con ellos hubiesen hecho oposición á los destinos, proveyéndose las plazas en la mayor inteligencia, en el que hubiere reunido y dado pruebas de mas conocimientos, ó en ellos mismos en igualdad de circunstancias, con el objeto de respetarse derechos adquiridos, ó cierta consideración á lo mas, puesto que las escuelas variaban enteramente de clase y circunstancias.

También se dejó en sus puestos, sin preceder la oposición prescrita, á las de las elementales de las demás poblaciones. Aquí podríamos preguntar si la causa de la instrucción pública no habría ganado mucho, si se hubiesen sacado á oposición todas las escuelas que, según el nuevo plan de estudios, variaban en su modo de ser, puesto que al añadirse algunas materias mas en la enseñanza tiene una dotación mucho mayor.

El prenarrado decreto orgánico de instrucción pública, en su artículo 62 dice: «los maestros de las escuelas públicas serán nombrados por el Gobernador Superior civil, á propuesta de los Municipios que los sostienen.» Y por lo que hemos dicho ya, la letra de este artículo es muerta, puesto que no se ha cumplido; y asunto ha habido, mejor dicho, provisión de alguna plaza, en Mayagüez por cierto, que, llenos todos los requisitos reglamentarios por la Junta local, el Ayuntamiento en uso de sus atribuciones ha hecho su propuesta, y la Junta Superior ha acordado manifestar que debía nombrarse á otro individuo, nombrándose en efecto. ¿Qué podemos decir de todo esto? Poca cosa, que hoy el desaliento suple al fervor del principio y que ha muerto el entusiasmo porque la esperanza no existe; porque lo que se va practicando no está conforme con lo sábiamente dispuesto por el Superior Gobierno en su citado decreto de 10 de Junio de 1865.

Concretándonos por un momento á lo que existe, preguntamos: ¿podrán los resultados que se obtengan satisfacer al país en lo que debería esperar, y para lo cual tenía legítimo derecho? ¿Llenarán las necesidades del mismo en cuanto á la instrucción que debiera propagarse? ¡Ojalá que así fuera ó que pudiera suceder, pero desgraciadamente no será; porque limitado el número de los niños que deben ir á las escuelas, la primera enseñanza no podrá ser obligatoria, y deja de ser gratuita, hasta cierto punto, como dijimos antes, y la Autoridad no podrá compeler en casos dados, á los padres de familia; porque las escuelas de los campos jamás podrán dar fruto alguno, siendo como está dispuesto, giratorias, ó mas propiamente hablando, temporales, toda vez que el tiempo que se señale para per-



manecer en un barrio siempre será corto para niños que nacen y crecen en la ignorancia, y cuya inteligencia tarda mas en desarrollarse; porque en este país la poblacion de aquellos lugares está diseminada, muy contraria á otros en que hay centros de poblacion, y los niños, á falta de local, se reunen en los pórticos y átrios de las iglesias á oír las lecciones del maestro; porque una jurisdiccion de 30 y pico de barrios, como la de Mayagüez solo tiene 6 escuelas incompletas, á las que se les ha fijado el número de 12 niños, sin que pudiera ser mayor sin incurrir en injusticia, puesto que su sueldo es de 15 pesos mensuales; siendo estas escuelas incompletas á nuestro modo de ver, las mas necesarias, las que están llamadas á difundir los primeros conocimientos, de las que *saldria* mayor número de individuos sabiendo leer y escribir que es la gran necesidad del país.

Aquí concluimos por hoy: no creemos ofender á nadie, pero nos sobran razones y datos para seguir tratando esta cuestion; aunque no con las galas de la erudicion, trataremos de hacerlo siempre con el majestuoso ropaje de la verdad.

Nos desentenderemos, pues, siempre que pueda ser, de cualquier réplica que se nos haga rebatiéndonos con sofismas, y al hacerlo es porque estamos seguros de que nadie nos desmentirá, y porque tratándose de instruccion pública tratamos del país, ante cuyas aras lo posponemos todo.

B.

## CRÓNICA DE LA QUINCENA.

### POLÍTICA ESTRANJERA.

Por demás escasa de acontecimientos que puedan dar interés á una revista de la clase de la presente, ha sido la quincena que acaba de trascurrir.

Bastaria anotar dia por dia el ceremonial con que, de dos semanas á esta parte, se recibe en París á los reyes y príncipes estranjeros que van á visitar... la esposicion universal, para dejar condensado en unos cuantos párrafos todo lo á que se ha prestado algo de importancia en el actual interregno altamente pacífico, despues de un mes en que á cada instante temíase que estallara la guerra.

Puede de consiguiente esperarse que la era de paz que atravesamos, se prolongará, por lo menos, hasta que termine el concurso del Campo de Marte, ya sea transcurridos los seis meses por que se ha abierto, ó que aconseje su anticipada clausura algun acontecimiento imprevisto.

De todas maneras, tiene, bajo este punto de vista, motivos suficientes para darse á sí mismo la enhorabuena el empera-

dor Napoleon, puesto que ha conseguido supeditar á la cuestion que mas directamente le interesaba, á la del gran certámen industrial y científico, todas las demás cuestiones europeas. Como negocio, parece asegurado el éxito de la esposicion: millon mas, millon menos, es indudable que pagarán los estranjeros el tributo presupuestado, ingresando en definitiva, en París, enormes sumas sin las cuales, ó sea á fracasar el negocio, habríase podido ver gravemente comprometido el crédito financiero del emperador y de la Francia.

La obra, pues, va correspondiendo, económicamente hablando, á las esperanzas que aconsejaron al editor la preparacion y subsiguiente reparto del prospecto.

Y á proporcion de la parte positiva, como se llama hoy á la ciencia de hacer ó buscarse dinero, es tambien una verdad que ha correspondido al pensamiento napoleónico la fantasmagórica. Dígalo si no la lista de visitas régias é imperiales que al fin de la jornada habrá recibido en su casa el sobrino del primer cónsul. Pocas serán, en último resultado, las testas coronadas que dejen de acudir á la cita.

La interior satisfaccion que esto ha debido de hacerle experimentar, le remunerará en parte á Napoleon III, ó hará que se olvide por el momento, de los recientes disgustos que le hayan ocasionado otros y otros sucesos que han distado mucho de corresponder á las esperanzas que en ellos preconcebiera; le habrán ayudado, entre otras cosas, á apartar, por de pronto, sus recuerdos de Méjico, de Sadowa y del Luxemburgo, siquieral estén lamados á mortificarle de nuevo mañana.

Algo es algo: quien pasa un dia bueno, no los tiene todos malos.

Esto por lo que individualmente ataña al emperador de los franceses; bien que con respecto al curso general de los asuntos europeos viene á suceder, á juicio de cuantos no olvidan antecedentes y pesan las consecuencias, tres cuartos, de lo mismo. La universal creencia es de que, en una tregua mejor que en plena y duradera situacion pacífica, nos encontramos. Y entre las mil y una opiniones unánimes en este modo de apreciar las cosas, véase como un periódico estranjero de marcada importancia y significacion contesta á la pregunta de si el tratado de Lóndres implica una seguridad de paz. Despues de consignar que el *arreglo* ajustado en la capital de Inglaterra, no pasa de ser una obligacion á plazo, firmada en favor de la esposicion universal de París, y que vencerá cuando termine ese gran certámen de los maravillosos adelantos de la inteligencia y de la industria del hombre, contesta el espresado colega que es inevitable la guerra porque responde á los precedentes históricos y á antagonismos de raza profundamente arraigados. «A los ojos de todo buen aleman, continúa diciendo, aparece siempre un francés como un heredero de Carlo Magno, dispuesto á llevar á sangre y fuego la conquista del país germánico por medio de un nuevo Tolbiach. Los franceses no tienen necesidad de apelar á recuerdos tan clásicos. Rosbach y Waterloo, Federico el Grande y Blucher, son los dos puntos negros de su historia militar. En el período de un siglo, Prusia ha hecho pasar dos veces á Francia por las horcas candinas.

«¿Qué importa que se haya aplazado, que se haya transigido ahora? la constante pugna entre ambos pueblos? Con el mas leve, con el mas fútil, con el mas trivial pretesto se

renovará la contienda. ¿Quién nos dice que el altercado nacido por causa de la célebre fortaleza de Luxemburgo no resucitará en una forma análoga con motivo, v. g., de la especial situación de la no menos célebre fortaleza de Maguncia?»

Ahora bien: Maguncia fué declarada fortaleza federal en 1825 y dejó de serlo en cuanto Prusia disolvió la Confederación germánica, pero Prusia firmó un tratado con Hesse á raíz del de Praga, en virtud del cual tiene guarnición en la citada fortaleza. En igual situación se hallan las plazas de Rastad y Ulm. La prensa oficiosa del vecino imperio vé en el tratado de Lóndres una seguridad para lo porvenir, pero la opinión pública teme. No puede negar que es bastante original la situación creada por la Conferencia. La paz está asegurada oficialmente, pero no se olvide conforme dijimos ya en nuestra anterior revista que Francia y Prusia en vez de reducir sus ejércitos los aumentan y cuentan sus fuerzas como si estuviese próximo el instante de la ruptura de las hostilidades, tareas en que les imitan además otras potencias.

Mas, como si no bastara el antagonismo franco-prusiano, y concediendo algunos políticos de oficio que la visita del rey de Prusia á París, con su adlátere el conde Bismark, puede involucrar una reconciliación verdadera, opinan, en cambio, que las subsiguientes buenas relaciones entre el emperador Napoleon y el rey Guillermo, no significarian otra cosa que una simple variación de maniobras para llegar á la guerra general europea. En tal caso, puestas de acuerdo ambas potencias, dirigirian su acción contra la Rusia; y como para nadie son un misterio las ambiciosas miras de esta y la asiduidad y constancia, á pesar del sigilo, con que se viene organizando militarmente para las eventualidades que puedan sobrevenir, tendríamos que solamente habria desaparecido el peligro por un lado para asomar en otro.

Se dirá que la presencia del czar en la capital de Francia hace improbable un paso de conversión por el estilo que acaba de indicarse; pero, sobre que semejantes visitas son de puro *cumplimiento*, ¿no se ha observado una al parecer estudiada acritud en la generalidad de los periódicos franceses al dar cuenta de la llegada y de la estancia de Alejandro II en París?

Ejemplos de lo que acabamos de decir.

La *Opinion Nacional* dá al emperador de todas las Rusias la bien venida en los siguientes inocentísimos términos:

»El mundo oficial prepara al czar fiestas espléndidas.

»Nuestro deber se limita al respeto que se debe siempre á los huéspedes ilustres. Nada mas.

»La Francia democrática y liberal no sabria prodigar de mismo modo sus ovaciones á los libertadores de los pueblos. El huésped ilustre que tiene el honor de recibir hoy, no puede [hacerle olvidar á los huéspedes mas antiguos, y muy queridos, que la desgracia le ha dado.

»Nuestra mano, acostumbrada á estrechar fraternalmente la mano sangrienta y mutilada de la heroica Polonia, no abandonará la de este pueblo para echar coronas á su vencedor.»

Y este lenguaje severo de la *Opinion Nacional*, con la cual hacen coro sus cólegas, lo aplauden asimismo con entusiasmo varios corresponsales con la manifiesta intención de que el eco de la prensa llegue á oídos del czar y sean para él

una espiciación de su política en Polonia la frialdad con que un gran pueblo le recibe, la censura que de sus actos hace, y la evocación de la víctima en los momentos en que el mundo oficial se inclina ante la grandeza del que empuñó el cetro ruso en los momentos mismos de la guerra de Crimea.

La *Gaceta de Francia*, el órgano del partido legitimista, se espresa á su vez con mas dureza aun: «Si el bienestar, fruto de la civilización—dice—impide que las poblaciones den rienda suelta á sus verdaderos sentimientos por medio de ruidosas manifestaciones y el grito de ¡viva Polonia! no es menos cierto que en el fondo de su conciencia cada uno se dice, al ver pasar á uno de estos potentados que reinan, gracias al sable y á los cañones perfeccionados: «hé aquí al vencedor del derecho del ciudadano, de la libertad del ciudadano, de la conciencia del ciudadano: su poder todo lo «ha sujetado á su yugo, y no se puede ser católico si no lo «quiere, ni ciudadano si esto le ofende: ni siquiera es permitido hablar su idioma, si esto no le place.»

«Su triunfo es la derrota moral de nuestros derechos, de nuestras libertades, relativas así á la vida civil como á la fé. En cuanto se pronuncia el nombre del czar, el nombre de Mourawieff, nombre simbólico, se presenta como el del vencedor de todos los que defienden á costa de su vida su fé religiosa y política; y se agolpan á la memoria las imágenes de tantos valientes ciudadanos ejecutados, de tantos virtuosos y santos sacerdotes muertos ó desterrados, de tantas mujeres y niños perseguidos.»

Y en fin, por via de punto final al párrafo de las *simpatías* que ha despertado el emperador Alejandro entre nuestros vecinos de allende el Pirineo, merece ser citado un incidente que tuvo lugar en el cuerpo legislativo cuando hacia aquel su solemne entrada en París. Como el número de diputados era escaso, se propuso que se levantase la sesión; pero algunos representantes del pueblo se opusieron con energía á esta medida, no queriendo que se dijese que el cuerpo legislativo francés interrumpia la discusión para correr al paso del emperador de Rusia.

Si todos estos detalles y otros que omitimos, son signo ó no de que podria llegar el caso de que depusiesen por de pronto sus ódios prusianos y franceses para dirigir su acción comun contra la Rusia, dejámoslo á la penetración del curioso lector.

No se olvide, tampoco, que la Rusia, la Prusia, la Francia y otras y otras naciones saben muy bien que allá en Creta arde una tea que al menor soplo puede propagar el incendio á grandes distancias. Las últimas noticias, lejos de aminorar la gravedad de los sucesos de Candía, presentan la lucha de cada dia mas encarnizada y de mas lejana solución; que es como si dijésemos, que se tiene buen cuidado de alimentar la mecha.

Por lo demás, dispénsenos el lector si al habernos extendido algo mas de lo que nos propusiéramos al hablar del «emperador de Rusia en París,» pecamos por el exceso opuesto con respecto á los demás soberanos que han visitado hasta ahora la capital de Francia. Al fin y al cabo, como que en revistas de la clase de la presente se miden los acontecimientos por su importancia política, queda esplicada la preferencia. La crónica de los festejos y de los banquetes y de los besamanos, y de los paseos á caballo y en coche y to-

do lo demás que constituye la parte *espositiva*, no es del dominio de este resumen quincenal. Quizás la visita del rey Guillermo y del conde Bismark se preste á borrar algunos párrafos; pero como á la hora en que entregaremos á las cajas nuestro original, solamente se tiene noticia telegráfica del arribo, careciéndose de detalles, habrá que aplazarlo, en tal caso, para lo próxima quincena.

Quizás para entonces hayan cobrado consistencia, ó desvaneciéndose ciertos rumores que ha apuntado algun periódico, acerca de si el programa secreto de alguno de los coronados visitantes entraña un conato de revision de los tratados de 1856. ¿A que, si no,—dicen los aficionados á penetrar secretos,—á que viene eso de que, siendo así que de viajes de recreo y de visitas de cumplimento se trata, lleven á su lado algunos monarcas, precisamente los de mas conchas ó de mas significacion europea, á sus primeros ministros? Un corresponsal, hasta quien por lo visto habrán tambien llegado los enunciados rumores, se espresaba, en una de sus últimas correspondencias, así:

«Mañana llega el rey de Prusia igualmente con su ministro M. de Bismark, y esta reunion de soberanos y de ministros dá que pensar á los que temen que se renueve la cuestion de Oriente. Se habla de una rectificacion de la frontera de Bessarabia, pero no fuera extraño que fuesen demasiado lejos los propaladores de tales rumores, porque mas cuenta le tiene á la Francia la alianza de Inglaterra que la de Prusia y Rusia. No es fácil que el gobierno francés olvide la campaña de Crimea. El viaje del sultan dará tambien pábulo á los rumores.»

Y ya que de reuniones importantes hablamos. Coincide con la de tanta y tanta testa coronada en París, la de los prelados católicos en Roma. Que no es esta—se nos dirá—del dominio de una revista política, toda vez que motiva la asamblea episcopal la celebracion religiosa del centenario de la muerte del apostol que ha dado su nombre á la silla pontificia. Pues precisamente no llevábamos, al apuntar el suceso, otra mira que la de consignarlo lisa y llanamente, sin el menor comentario; y así lo haremos, pero con reserva de ocuparnos de la reunion esa mas adelante, si es que se convierte, segun hay quien supone, en concilio, y resulta además cierta la especie echada á volar de que no fuera extraño que por alguno de los prelados congregados se hablase *en francés*, al papa, de la limitacion de su poder. Veremos.

Merece y muy mucho figurar en el resumen del período quincenal que estamos analizando la conmutacion de la pena de muerte del fenian Burke, que debia ejecutarse el miércoles 29 de mayo. Por fin, el gobierno británico, despues de muchas dudas, alternativas de opinion y vacilaciones, inclinó el ánimo de la reina Victoria en favor de la clemencia, no obstante la inquietud, las alarmas y las reclamaciones de los orangistas de Irlanda que, segun parece, pedian un castigo ejemplar y ruidoso, como único medio de salir de la atormentadora posicion de zozobra en que actualmente viven. La clemencia soberana se ha estendido sobre la cabeza del animoso y fuerte Burke, que, perfectamente resignado, gozoso casi de morir por la causa de la libertad de su patria, miraba con la profunda calma del creyente el espectáculo del cadalso. La conmutacion de la pena llegó á última hora, tanto que ya los dias 26 y 27 en todas las igle-

sias católicas de Dublin se habian rezado las postreras peticiones por el alma del desgraciado camarada de Doran.

Si el gobierno británico ha cedido en este punto, lo que no se creia pocas horas antes, lo ha hecho á despecho y con cierta violencia, bajo la irresistible presion de la opinion pública que se habia pronunciado con rara energia contra la ereccion del cadalso por delitos políticos, y cuyos clamores habian llegado á adquirir un carácter imponente.

En efecto, en la entrevista que el dia 26 tuvieron cuarenta diputados de todos los partidos y matices políticos, é indistintamente ingleses, escoceses é irlandeses con el primer lord de la Tesorería, y en la cual usó el noble conde un lenguaje ambiguo y poco consolador, profirieron varios oradores, y especialmente sir Jorge Bowey, palabras sumamente enérgicas para condenar el acto de la ejecucion por un delito político, aunque condenaban con no menos energia las tentativas desesperadas y criminales del fenianismo. Entonces los diputados irlandeses adictos al gabinete dirijieron tambien, por boca del mencionado sir Bowey, esplicitas amenazas al jefe del ministerio, en caso de que se llevase á cabo la sentencia impuesta por los tribunales, diciendo que, si así sucedia, no podrian seguir apoyando á un gobierno que hubiese ordenado *tan inútil y salvaje crueldad* (sic).

Plácenos consignar el hecho, que ojalá sirviese de enseñanza general y de ejemplo á la vez.

En Italia se ha presentado ya al parlamento el contrato celebrado con una casa particular para llevar á cabo la desamortizacion y reforma del patrimonio eclesiástico.

Aparentemente, á esto y al arreglo del estado financiero dedica con preferencia esclusiva todos sus esfuerzos el gabinete de Víctor Manuel.

Ello, empero, no ha obstado para que se haya hablado de cierta mision reservada que se dice haber sido desempeñada, aun cuando sin resultado, por ahora, por el marqués de Villamarina cerca de la santa Sede, ó sea de cuatro á seis entrevistas celebradas entre el joven diplomático italiano y el Cardenal Antonelli para negociar la ocupacion, por las tropas de Víctor Manuel, de las provincias pontificias á fin de esterminar el brigandaje que las asola. ¿Qué significará esta version?

Para poner fin á esta crónica, creemos oportuno dar á conocer por completo el texto original del tratado ó convenio de Lóndres, hoy que está ya ratificado por las potencias signatarias, supuesto que solamente conocen el extracto que publicamos quince dias atrás, y tal pueden sobrevenir los acontecimientos que convenga retrotraernos algun dia á la consulta de semejante documento.

Hélo aquí:

«En nombre de la Santísima é indivisible Trinidad.

S. M. el rey de los Países-Bajos gran duque del Luxemburgo, tomando en consideracion el cambio originado en la situacion del gran ducado por efecto de la disolucion de los vínculos que lo unian á la antigua Confederacion germanica, invitó á SS. MM. el emperador de los franceses, al emperador de Austria, á la reina de Inglaterra, al rey de los belgas, al rey de Prusia y al emperador de todas las Rusias, á reunir sus representantes en conferencia en Lóndres á fin de entenderse con los plenipotenciarios de S. M. el rey gran duque sobre los nuevos arreglos que hayan de tomarse en interés de la paz.

Y SS. MM., después de haber aceptado esa invitación, resolvieron de comun acuerdo responder al deseo que manifestó S. M. el rey de Italia de tomar parte en una deliberación destinada á ofrecer una nueva prenda de seguridad á la conservación del reposo general.

En su consecuencia, queriendo SS. MM., de concierto con S. M. el rey de Italia, concluir con ese objeto un tratado, nombraron por sus plenipotenciarios, á saber:

(Siguen los nombres y los títulos de los plenipotenciarios infrascritos.)

Los cónsules, después de haber consignado sus plenos poderes, que fueron hallados en buena y debida forma, convinieron en los artículos siguientes:

Artículo 1.º S. M. el rey de los Países-Bajos, gran duque de Luxemburgo, mantiene los vínculos que unen al espresado gran ducado con la casa de Orange-Nassau, en virtud de los tratados que colocaron ese Estado bajo la soberanía de S. M. el rey gran duque, sus descendientes y sucesores.

Los derechos que pesen los agnados de la casa de Nassau, sobre la sucesión del gran ducado en virtud de los mismos tratados, quedan mantenidos. Las altas partes contratantes aceptan la presente declaración, y toman nota de ella.

Art. 2.º El gran ducado en los límites determinados por el acto anejo el tratado de 19 de abril de 1839, bajo la garantía de las córtes de Austria, Francia, Gran-Bretaña, Prusia y Rusia, formará en lo sucesivo un Estado perpétuamente neutral. Quedará obligado á observar esa misma neutralidad con todos los demás Estados.

Las altas partes contratantes se comprometen á respetar el principio de la neutralidad estipulado por el presente artículo.

Este principio está y queda colocado bajo la sanción de la garantía colectiva de las potencias signatarias del presente tratado, á escepción de la Bélgica, que es ahora mismo un Estado neutral.

Art. 3.º Neutralizado el gran ducado de Luxemburgo con arreglo á los términos del artículo precedente, la conservación ó el establecimiento de plazas fuertes, en su territorio vienen á ser innecesarias y sin objeto. En su consecuencia se ha convenido de comun acuerdo en que la ciudad de Luxemburgo, considerada en lo pasado bajo el aspecto militar como fortaleza federal, dejará de ser ciudad fortificada.

S. M. el rey gran duque se reserva mantener en esa ciudad el número de tropas necesario para velar por la conservación del orden.

Art. 4.º En conformidad á las estipulaciones contenidas en los artículos 2.º y 3.º, S. M. el rey de Prusia declara que sus tropas, actualmente de guarnición en la fortaleza de Luxemburgo, recibirán la orden de proceder á la evacuación de esta plaza inmediatamente después del canje de las ratificaciones del presente tratado. Se principiará á retirar simultáneamente la artillería, las municiones y todos los efectos que forman parte de la dotación de dicha plaza fuerte. Durante esta operación no quedará allí mas que el número de tropas necesario para cuidar de la seguridad del material de guerra y para efectuar su expedición, que será terminada en el plazo mas breve posible.

Art. 5.º S. M. el rey gran duque, en virtud de los de-

rechos de soberanía que ejerce sobre la ciudad y la fortaleza de Luxemburgo, se compromete, por su parte, á tomar las disposiciones necesarias para convertir la espresada plaza fuerte en ciudad abierta por medio de la demolición que S. M. juzgue suficiente para cumplir las intenciones de las altas partes contratantes espresadas en el art. 3.º del presente tratado.

Los trabajos al efecto necesarios principiarán inmediatamente después de retirada la guarnición, y se efectuarán con todas las consideraciones que reclaman los intereses de los habitantes de la ciudad.

S. M. el rey gran duque promete además que las fortificaciones de la ciudad de Luxemburgo no serán restablecidas en lo sucesivo, y que no se mantendrá ni creará allí ningún establecimiento militar.

Art. 6.º Las potencias signatarias del presente tratado consignan que habiendo traído la disolución de la Confederación germánica la de los vínculos que unían el ducado de Luxemburgo colectivamente con el gran ducado de Luxemburgo á la Confederación, resulta de ahí que las relaciones de que se hace mención en los artículos 3.º, 4.º y 5.º del tratado de 19 de abril de 1839 entre el gran ducado y ciertos territorios pertenecientes al ducado de Limburgo, han dejado de existir, continuando los espresados territorios formando parte integrante del reino de los Países-Bajos.

Art. 7.º El presente tratado será ratificado y las ratificaciones canjeadas en Lóndres en el espacio de cuatro semanas, ó antes si fuese posible.

En fe de lo cual lo firman los plenipotenciarios respectivos, poniendo el sello de sus armas.

Hecho en Lóndres á 11 de mayo de 1867.—Stanley.—Apponyi.—La Tour d' Auvergne.—D' Azeglio.—Bentinck.—Van de Weyer.—Tornaco.—Servais.—Bernstorff.—Brunnow.

*Declaración.*—Queda bien entendido que el artículo 3.º no atenta en lo mas mínimo á los derechos de las demás potencias neutrales á conservar, y en caso necesario, mejorar sus plazas fuertes y demás medios de defensa.

Siguen las mismas firmas de arriba.)

En nuestras últimas revistas preguntábamos:

«Cuando abandona á Méjico y regresa á Europa el emperador Maximiliano?»

Hoy no nos es dable repetir semejante pregunta.

Tenemos por cierto, fundados en distintos telégramas, la finalización de la campaña imperialista del ex príncipe austriaco y ex-emperador de Méjico.

En lo que reina todavía confusión es acerca de si una vez hecho prisionero en Querétaro, entregándose á discreción, prisionero continúa ó fué pasado por las armas luego, junto con sus principales gefes.

¡¡Un fin altamente desastroso; ó una humillación y un ridículo completos!!!

¿Cuál de estas dos suertes le habrá cabido al sin ventura y mal aconsejado esposo de la no menos infeliz Sofía?

SANTIAGO DE LAMAR Y MUN.

P. S. Compuesta ya la anterior revista, se han recibido de París los siguientes telégramas:

»París 7 de junio.

»(Espedido á las 9 y 20 minutos de la mañana.)

»Ayer despues de la revista fué disparado un pistoletazo contra el coche en que iban el emperador de Rusia y el emperador Napoleon por un polaco llamado Beregouski, sin que resultara herida persona alguna. El asesino fué preso en el acto.

»París 7, á las 11 y 55 minutos.

»El escudero del Emperador viendo el movimiento del asesino, hizo dar un salto violento á su caballo para ponerse entre el asesino y los Soberanos. La primera bala atravesó las narices del caballo del escudero, pasó entre los Emperadores y grandes Duques, é hirió á una señora de la otra parte del coche. La sangre de la herida del caballo saltó sobre los vestidos del Ozarevitz y del Czar. La segunda bala no ha salido del segundo cañon por haber reventado en manos del asesino, el que con mucho trabajo y pena ha sido arrancado vivo de las manos de la multitud que pronunciaba contra él gritos de muerte. Simultáneas y enérgicas aclamaciones de viva el Emperador, viva el Czar, se oyeron de todas partes. El asesino ha declarado que habia venido de Bélgica hacia dos dias para matar al Czar.

»Multitud de personas de todas clases han ido á inscribirse á las Tullerías y al palacio Elisées. Se asegura que el asesino ha declarado no tener cómplice alguno.»

DE LAMAR.

## REVISTA COMERCIAL.

Hemos entrado en la época en que aun en tiempos normales los negocios decaen de su actividad por causa de la expectacion del resultado de las nuevas cosechas y por otras causas así es que esta calma debia hacerse sentir mucho mas este año en que los negocios han ido arrostrándose con pena: en que el consumo ha disminuido notablemente y la especulacion se ha retraido podríamos decir del todo.

Sentado estos precedentes nada de extraño tiene que hayamos de señalar como á principal carácter de la quincena que ha transcurrido una calma fatal para todos los negocios. Los precios que rigen para todos los artículos son nominales y las operaciones que se cruzan penosamente solo sirven para subvenir al mas estricto consumo. Desearíamos de todas veras poder cambiar el estilo de nuestras revistas, pero dudamos que podamos conseguirlo de algun tiempo.

La carestía que nos ha amenazado por el temor de la pérdida de la cosecha de cereales se ha desvanecido algun tanto: sin embargo, los tenedores repugnan á hacer concesiones aun hasta conocer por completo el resultado de la cosecha, sobre el cual las noticias son contradictorias.

Anotamos los precios de los principales artículos de exportacion é importacion.

### Exportacion:

**Aceite.**—Calma: siendo la existencia regular y cortos los embarques: cotizamos de 28 á 30 rs. botijuela de ½ arroba á bordo con ligera tendencia á la baja.

**Aguardiente**—Hemos tenido una alza en este espíritu por causa de la falta de existencias. Se cita alguna venta hasta 66 \$ jerezana de 35°

**Arroz.**—Precios flojos y existencia regular. Cotizanse de 90 á 92 rs. quintal 1.ª clase y de 76 á 84 otras clases.

**Almendra.**—Se han enagenado algunos picos de la clase Esperanza á 17 ¾ y 18 ½ \$ quintal. Clases ordinarias de 13 á 14 duros nominales.

**Azafran.** Se han hecho algunas transacciones en baja á los precios de 6 ½ á 6 ¾ \$ libra.

**Harinas.**—Las malas noticias recibidas de los mercados de Ultramar han encalmado este polvo que se cotiza de 10 á 10 ½ duros barril de 200 libras á bordo.

**Vinos.**—Sin variacion desde nuestra última revista. La estraccion es poco activa y los precios siguen de 22 á 23 duros para las Antillas y 23 á 28 para el Río de la Plata.

### Importacion:

**Aguardiente de caña.**—Poco pedido habiéndose vendido alguna partida á 40 ½ duros pipa en depósito.

**Algodones.**—Ninguna transaccion importante podemos consignar. Los precios flojos y las existencias numerosas.

Cotizamos: Brasil de 27 1/8 á 27 y ½ duros quintal. Nor-

te América de 25 y 1/3 á 26 1/8. Levante de 18 á 22 ½. Indias de 17 1/8 á 28 segun clase.

**Azúcares.**—Buenas existencias en poder de los almacenistas y precios flojos. Se han hecho algunas compras á la vela á precios que no llegan á cubrir los gastos de factura.

**Caracas.**—Abundan y los precios de baja. Cotizamos: Guayaquil de 3 1/8 á 3 ½ rs. libra. Cubano: 2 ¾ rs. libra. Caracas falta.

**Cafes.**—Abundantes y flojos los precios: se cotizan de 14 á 14 1/8 duros quintal en depósito. Clases inferiores de 13 1/8 á 13 ½ duros quintal.

**Cueros.**—Se cree que la imposicion de cuarentenas á las procedencias de Buenos Aires dará alguna animacion á este género.

Cotizamos: Buenos Aires de 14 3/8 á 15 duros quintal de las Antillas: dulces de 12 á 12 ½ duros quintal y salados de 10 ½ á 11 duros quintal.—T. C. S.

Barcelona 8 de Junio de 1867.

Al consignar con complacencia que hemos visto reproducidos algunos de los artículos publicados en esta Revista, en las columnas de varios de nuestros colegas de la prensa, debemos lamentar que algunos lo hacen, olvidando citar el periódico de que lo toman y hasta suprimiendo el nombre del autor. Citaremos especialmente el Boletín Mercantil de Puerto-Rico que, honrándonos por otra parte con copiarnos, lo hizo con el artículo de nuestro distinguido colaborador D. Benito de Arabio Torre «Préstamo á interés», inserto en el primer número de nuestra Revista, sin cumplir con lo que no solo es una deferencia acostumbrada, sino una formalidad debida. No ha quedado, empero, aquí la falta del Boletín. Lo que mas hemos sentido es que ha truncado á su antojo el artículo, dejándolo completamente desconocido hasta á los ojos de su propio autor. Sentiremos que semejantes hechos se repitan. Tenemos á grande honra que se utilicen nuestros originales siempre que se cumpla con lo que es una costumbre y una condicion especial impuesta por nuestra Revista.

### Leemos en la Reforma:

Tenemos entendido que el distinguido agrónomo cubano, Sr. D. Juan Poey, ha obtenido la medalla de oro por los azúcares presentados en la Exposicion universal de París. El Sr. Poey es justamente apreciado en Cuba por sus conocimientos industriales y por la constancia en introducir en sus propiedades rurales los métodos perfeccionados de cultivo y elaboracion. El ingenio «Las Cañas» es considerado por todos como fina modelo en su género.

Las muestras presentadas por el Sr. Poey, no solo han llamado la atencion por ellas mismas, sino además por el método que se ha seguido al disponerlas. Generalmente es sabido que á las exposiciones envian los fabricantes productos excepcionales. Fácil es preparar con gran esmero ciertos cuerpos y remitirlos como ejemplos de fabricacion corriente. El Sr. Poey ha querido demostrar que en realidad enviaba los productos comunes de su fabricacion. Para conseguir este fin, ha dispuesto una serie ordenada de materias que en su conjunto, representan todas y cada una de las operaciones á que se someten los jugos de la caña.

Su exposicion es la historia de todos los trámites de la elaboracion del azúcar, comprendiendo:

- 1.º Guarapo crudo.
- 2.º Neutralizado por la cal.
- 3.º Con dos veces mas cal que la necesaria.
- 4.º Neutralizado el exceso de cal por medio del ácido sulfuroso.
- 5.º Defecado por el calor.
- 6.º Filtrado al través del carbon animal.
- 7.º Concentrado á 28°.
- 8.º Filtrado á 28°.
- 9.º Materia en punto de azúcar.

Además ha remitido azúcares purgados en panes blancos, y quebrados. Mielles de 1.ª á 5.ª, azúcares de 2.ª á 5.ª. Esto, unido á las muestras de distintas especies envia las por dicho señor, contituye, como hemos dicho, la historia viva de la fabricacion.

El Sr. Poey ha deseado por fin, remitiendo notas acerca de los métodos adoptados, expresion del tamaño, capacidad y modos de funcionar de cada uno de los aparatos, mostrar del modo mas completo los detalles de su fabricacion.

Mucho nos complacemos en aplaudir el merecido premio con que ha sido distinguido este señor, proponiéndonos, en su oportunidad, volver á tratar con mas copia de datos este asunto.

## LA PEREGRINACION

DE

## CHILDE-HAROLD.

POR LORD BYRON.

*(Continuacion.)*

XCI. Sin embargo los restos de su espléndido pasado atraerán siempre á los pensativos peregrinos que olvidarán un momento sus fatigas. Por largo tiempo el viajero, guiado por el viento de Jonia, saludará la brillante patria de las Musas y de los Héroe. Por mucho tiempo, ó Grecia, tus anales y tu lengua inmortal difundirán tu gloria entre la juventud de los mas lejanos climas. Orgullo de la edad madura, lección de la juventud, á tí es á quien el sabio venera y adora el poeta, cuando Palas y la musa les abren sus misteriosos tesoros.

XCH. El corazon del viajero suspira por la patria ausente, cuando tiernos lazos le unen al hogar doméstico; pero el hombre que vive solo acá abajo, cuando vaga por estos lugares tiende largas miradas por esa tierra que tanta armonía guarda con él. La Grecia no es el albergue de la ligera alegría y de los placeres del mundo; solo puede hacerla su patria aquel para quien tiene encantos la melancolía. Apenas echará á menos el país natal cuando vaya á errar lentamente por las sagradas costas de Delfos y pasee sus miradas por las llanuras que han visto morir al Persa y al Heleno.

XCHH. Visiten tales hombres esta tierra sagrada; atraviesen en paz estas mágicas soledades; pero respeten sus ruinas; no venga una mano sacrílega á desfigurar un cuadro ya harto deslucido! Estos altares no fueron levantados con tal fin. Venerad esos restos que las naciones han venerado; y así pueda el nombre de vuestra patria nunca recibir ultraje y podais prosperar vosotros mismos en los lugares en que floreció vuestra juventud, rodeada de todas las virtuosas alegrías que pueden proporcionar el amor y la vida!

XCIV. En cuanto á tí que, tal vez desde largo tiempo diviertes tus ocios con cantos sin gloria, bien pronto se perderá tu voz entre las voces mas resonantes de tantos bufones como han producido nuestros días. No les dispuetes un auel que el tiempo ha de marchitar. Semejante lucha no sienta bien á un espíritu que desdeña igualmente las amargas críticas que los elogios dictados por la parcialidad; porque se hielan despues de algun tiempo todos los corazones mecidos por la lisonja; y no se desea gustar cuando no se tiene nada que amar.

XCv. Y tú ya no existes, tú que tan cara me fuiste y que tanto amor merecias; tú á quien me unian la juventud y sus afecciones; que hiciste por mí lo que nadie mas ha hecho y que no desdeñabas un corazon indigno del tuyo. ¿Que soy yo ahora cuando tú has dejado de existir? Ya no estás tú allí para acoger al regreso á ese viajero á quien no queda mas que el recuerdo de unas horas que no volverán. Oh! porqué esa ventura ha existido jamás, ó porqué no está todavía por venir? ¿Porqué he vuelto á estos lugares en los que nuevos dolores habian de asediarme todavía?

XCvI. Ó mujer siempre amante, siempre amable, siempre amada! Como un dolor egoista se absorbe en lo pasado y se acoge á pensamientos que debería desechar! Mas tu imagen es la última que el tiempo borrará de mi alma. Muerte cruel, tú me has quitado todo cuanto me podias quitar: una madre, un amigo, y mas que un amigo ahora; para nadie tus golpes se han sucedido con tanta rapidez: acumulando sobre mí dolor tras dolor, me has quitado los pocos consuelos que la vida podía ofrecerme todavía.

XCVII. ¿Iré pues á arrojarme de nuevo en las agitaciones de la multitud para buscar en ellas todo lo que desprecia un corazon pacífico? ¿á sentarme en los banquetes de la orgía en donde una risa falsamente ruidosa, desmentida por el corazon, desfigura las excavadas mejillas de los convidados y deja despues de ella en el alma el colmo del abatimiento y del hastío? Allí en vano una alegría de encargo quiere esfozarse en finjir el placer y disimular el despecho: las sonrisas trazan el surco de una próxima lágrima y esforzando el labio convulso solo en él pintan un secreto desden.

XCVIII. ¿Cuál es el mas terrible de los males que acompañan á la vejez y que marca en la frente la arruga mas profunda? Es ver borrar del libro de la vida el nombre de todos los seres que hemos amado y encontrarse solo sobre la tierra, como yo me encuentro ahora. Sobre las ruinas de tantos corazones destrozados, de tantas esperanzas fallidas, inclínome humildemente ante Aquel que castiga. Días inútiles, deslizaos rápidamente: yo os veré huir sin contaros, pues que el tiempo me ha privado de todo aquello que hacia las delicias de mi alma y ha lanzado sobre mis años juveniles todos los pesares de la vejez.

## CANTO TERCERO.

I. Tus facciones se parecen á las de tu madre, ó mi hermosa niña; Adal hija única de mi casa y de mi corazon! Cuando, la última vez, ví tus juveniles ojos de azur, sonreian y entónces te dejé.....no como te dejo ahora, sino con una esperanza.....

Despierto estremeciéndome: las olas se hinchan á mi redor; los vientos hacen oír su voz en el aire; parto. Adonde vamos, lo ignoro: mas ya ha pasado el tiempo aquel en que viendo alejarse las costas de Inglaterra, conmovia mi mirada el dolor ó la alegría.

II. Todavía una vez mas sobre las aguas; ¡Sí, una vez todavía! y las olas relinchan bajo de mí, como el caballo que conoce á su ginete. Mugientes olas, salud! Rápida sea vuestra carrera, sea cual fuere el término á que me conduzca! Tiemble el fatigado mástil como una caña; abandone al viento sus girones la vela desgarrada; fuerza es que yo vaya adelante; por que yo soy como la yerba marina separada de la roca y sembrada en la espuma del Océano; yo voy á donde quiera me conduzca el esfuerzo de las olas y el soplo de la tempestad.

III. En la edad de mi juventud, me propuse cantar la peregrinacion de un desterrado voluntario huyendo de su propio corazon: vuelvo á emprender una historia que apenas dejé empezada y la llevo conmigo, como el viento impetuoso lleva la nube delante de sí. Yo vuelvo á hallar en ella el surco de mis numerosos pensamientos y de mis lágrimas agotadas que no han dejado á su paso mas que un desierto. Ahí es dónde mis años se deslizan pesadamente, última soledad de la vida, en que no deseamos parecer una flor.

IV. Desde mis días de juventud y de pasión, días de placeres ó de dolores, mi corazon y mi lira pueden haber perdido una cuerda; puede resultar una disonancia y tal vez en vano querré yo cantar como en otro tiempo. Mas por ingrato que pueda ser el tema de mis cantos, por él me decido. Con tal que ellos destierren de mi alma los tristes recuerdos de un dolor ó de una alegría egoistas, y estiendan el olvido en torno de mí, me parecerán deliciosos, aunque tal vez nadie mas sea de esta opinion.

V. Aquel que ha vivido mas por sus actos, que por sus años en este mundo de dolores, y ha penetrado en las profundidades de la vida hasta el punto de no admirarse de nada,

de suerte que el amor y sus penas, la gloria, la ambición la rivalidad, no pueden ya hacer penetrar en su corazón ese acerado puñal cuyas heridas se sufren en silencio; ese puede decir porque el pensamiento busca un refugio en las cavernas solitarias, y se complace, sin embargo, en poblarlas de imágenes aéreas, de esas formas que habitan siempre jóvenes el retrete encantado del alma.

VI. Es únicamente por crear y para gozar, creando, de una mayor intensidad de vida, que damos una forma á nuestras visiones, apropiándonos á nosotros mismos, como yo lo pruebo ahora, esa existencia que inventamos. ¿Qué soy yo? Nada. ¡Pero no eres tú así, alma de mi pensamiento! Contigo yo recorro la tierra, invisible, mas pudiendo observarlo todo, asociándome á tu espíritu, compartiendo tu celeste origen, y capaz todavía de sentir en tí cuando se ha esterilizado y extinguido mi sensibilidad.

VII. Pero detengamos el desorden de estos pensamientos: he meditado harto largo tiempo, me he entregado á reflexiones demasiado sombrías, y he sentido, en fin, mi ardiente cerebro, aniquilado por sus propios esfuerzos, cambiarse en un verdadero torbellino de visiones y llamas: por esto no habiendo podido domar mi corazón, he visto envenenarse los manantiales de mi vida. Hoy es ya demasiado tarde, pero me queda todavía bastante fuerza para soportar los males que el tiempo no puede curar, y para alimentarme de frutos amargos sin acusar el destino.

VIII. He dicho ya demasiado sobre este punto: ya todo pertenece al pasado, y el sello del misterio queda grabado en el encanto que ya no existe. Después de una larga ausencia Harold reaparece en fin: Harold cuyo corazón quisiera no sentir, pero que se siente cubierto de heridas que son incurables sin ser mortales. El tiempo, sin embargo, que todo lo cambia, ha modificado su alma y sus facciones: los años roban el fuego del espíritu, como el vigor de los miembros, y la copa encantada de la vida solo chispea en sus bordes.

IX. Harold había apurado la suya con demasiada avidez, y en el fondo había encontrado una hez de acíbar: pero llenóla de nuevo en un manantial mas puro, y en un suelo consagrado y la creyó inagotable. Se engañó. A su alrededor se arrollaba invisiblemente una cadena cada día mas apretada, de la cual sentía el roce doloroso aunque no podía percibirse de él y cuyo peso lo anonadaba, aunque no podía oír su ruido. Era un sufrimiento mudo, y de cada vez mas penetrante que seguía á Harold en todos los pasos que éste ensayaba en los diversos senderos de la vida.

X. Armado de una fría reserva, había creído poder reanudar sin daño su comercio con los hombres. Creía él su alma de tal manera fijada al presente, en tanto grado provista de invulnerables reflexiones, que si ninguna alegría podía entrar en ella, en cambio disgusto alguno podía esperarle. Podía permanecer desapercibido y solitario en medio de la multitud y encontrar en ella objetos de meditación, como en tierra extranjera los había encontrado en las maravillas de Dios y de la naturaleza.

XI. ¿Mas quién puede mirar la rosa abierta, sin que le vengan tentaciones de cogerla? Quién puede contemplar con delicia, la dulzura y el esplendor de los días de la belleza sin sentir que jamás el corazón envejece por entero? Quién puede contemplar la estrella de la gloria, hiriendo las nubes todas, y brillando en la cumbre de una roca, sin probar de remontarse hasta ella? Harold, una vez lanzado en el torrente, se dejó arrastrar por la corriente vertiginosa, empujando al tiempo ante sí, pero proponiéndose un fin mas noble que en los días de su juventud.

XII. Sin embargo, no necesitó mucho tiempo para conocer que era, de todos los hombres, el menos propio para vivir en la sociedad humana, con la cual casi nada tenía de común. Jamás supo someter su opinión á la de otro, aunque en su juventud su alma había sido domada por sus propios pensamientos; pero, rebelde á toda inspiración ajena, no podía consentir en ceder un imperio sobre su ser á inteligencias contra las cuales la suya se rebelaba. Orgullosa en

la desesperación, anhelaba crearse una vida en sí mismo y respirar lejos de la humanidad.

XIII. En donde quiera se elevan montañas, allí estaban para él los amigos; en donde oscilan las aguas del Océano, allí era su patria; gustaba de llevar sus errantes pasos, á cualquiera parte en que se estiende un cielo azul, y luzca un sol sereno; el desierto, la selva, la caverna, el espumoso torrente, eran sus compañeros: cambiaba con ellos un lenguaje mas elocuente, que el de los volúmenes escritos en su lengua materna; y los hubiera dado todos, por una sola página del libro de la naturaleza escrita por un rayo de sol en la superficie del lago.

XIV. Como los sábios de Caldea, seguía en los cielos la marcha de las estrellas, y su imaginación las poblaba de seres brillantes como sus rayos: así olvidaba la tierra y sus discordias, y todas las humanas miserias. Si hubiera él podido mantener siempre su espíritu en las alturas, hubiera sido feliz; pero el barro con que el hombre está amasado, oscurece la llama inmortal que le anima y nos envía los resplandores en pos de los cuales nos lanzamos, impacientes por romper el lazo que nos retiene lejos de ese cielo que nos llama con su sonrisa.

XV. Pero en las viviendas del hombre, Harold se mostraba inquieto, sombrío, cansado de los demás y de sí mismo, abatido como un halcón salvaje á quien cortaron las alas y que solo puede vivir en un espacio sin límites. Entonces sus transportes volvían á acosarle, y tratando de vencerlos, á la manera que el pájaro cautivo golpea con el pecho y con el pico los hierros de su prisión hasta que la sangre ha teñido su plumage, así el ardor de su alma encadenada devoraba su seno para abrirse una salida.

XVI. Desterrado voluntario, Harold vá á errar de nuevo lejos, privado de todo resto de esperanza, pero con menos tristeza. Sabiendo que vivía en vano, que todo había concluido para él á este lado de la tumba, con desesperación se había revestido de una sonrisa feroz en verdad, pero que él no trataba de disimular: no de otra manera en un buque naufrago, los marineros arrebatan las provisiones y en la demencia de la embriaguez, aguardan su suerte sobre el puente que se hunde.

XVII. Detente!.....estás pisando el polvo de un imperio! Aquí yacen sepultadas las ruinas que produjo un temblor de tierra. ¿Ninguna estatua colosal, ninguna columna cargada de trofeos decora este lugar? Nó. Mas la simple lección que ofrece la verdad es mucho más expresiva. Que siga esta tierra siendo lo que fué. ¡Ved como ha hecho crecer las mieses aquella lluvia de sangre! ¿Es, pues, esta la única ventaja que has ofrecido al mundo, ó tú, la mas terrible y última batalla; ó victoria que has hecho reyes?

XVIII. Harold está de pie en medio de ese osario, tumba de la Francia, la llanura fatal de Waterloo. ¡Una hora ha bastado á la fortuna para retirar los dones que había hecho, y hacer pasar á otras manos la gloria inconstante como ella! Aquí, el águila remontó por última vez su vuelo; pero atravesada de parte á parte por las flechas de las naciones coaligadas, vino á arar la llanura con sus garras sangrientas, arrastrando aun tras sí algunos eslabones de la cadena con que quiso cargar al universo. En ese día toda una vida de ambición vió malograrse el fruto de sus trabajos.

XIX. ¡Justas represalias! La Galia puede morder su freno, vertiendo espuma bajo sus hierros..... ¿pero la tierra es mas libre? Las naciones han combatido para vencer á un solo hombre, ó se han coaligado para enseñar á todos! los reyes en que consiste la verdadera soberanía? Como pues! ¿los girones de la esclavitud podrán llegar á ser el ídolo de un siglo de luz? Después de haber abatido al león será preciso que rindamos homenaje al lobo? Nó, no! probemos, antes de ceder.

XX. Y si no obtenemos ningún bien, nadie se enorgullezca mas por la caída de ningún déspota. En vano lágrimas abrasantes han surcado las mejillas de las esposas y de las madres; en vano la flor de Europa ha sido hollada por

los piés de un tirano antes que pudiera dar sus frutos; en vano han pasado sobre nosotros años de muerte, de miseria, de esclavitud y de terror; en vano se ha roto el yugo por el acuerdo unánime de muchos millones de hombres; lo que mas precio dá á la gloria es el mirto que corona la cuchilla, como coronó la de Harmodius levantada sobre el tirano de Atenas.

XXI. Era de noche, resonaba en el aire el ruido de una fiesta; la prez de la belleza y de la caballería estaba reunida en la capital de Bélgica, y el rayo de las lámparas solo caía sobre hermosas frentes y valientes pechos. Mil corazones palpitaban al unísono, y cuando se elevaba la volup'uosa voz de la armonía, dulces miradas hablaban de amor á las miradas que les respondian, y todo respiraba gozo como la zambra de una boda.... Pero, silencio! escuchad: un ruido sordo resonó como un toque fúnebre.

XXII. No habeis oido?..... no, no ha sido mas que el viento ó el ruido de un carro sobre el sonoro pavimento. Continuemos la danza; que nada interrumpa la alegría; no hay que hablar de sueño hasta la mañana, cuando la juventud, el placer y la danza se juntan para matar las horas. Pero escuchad! Aquel ruido sordo retumba de nuevo, como si las nubes repitiesen el eco. Se vá acercando; se vá haciendo más distinto y más terrible: á las armas! á las armas!... es..... es el cañon que empieza á rugir.

XXIII. En el alfeizar de una ventana de la vasta sala estaba recostado el infortunado duque de Brunswick. El primero, en medio de la fiesta, habia escuchado ese son fatal, y lo habia recogido con el oido profético del hombre destinado á la muerte. Él anunció la proximidad de la batalla, y sus palabras fueron acogidas con una sonrisa de incredulidad: pero su corazon habia demasiado bien reconocido la formidable voz del bronce que habia tendido á su padre en unataud sangriento, y hecho nacer en él un espíritu de venganza que solo la sangre podia extinguir: lanzóse al campo de batalla y murió combatiendo en los primeros puestos.

XXIV. Todos iban y venian acá y allá en tumulto: corrían las lágrimas, la belleza temblaba de pavor, y se veían palidecer mejillas que una hora antes se habian coloreado al elogio de sus encantos. Hubo allí de esos adioses repentinos que parecen arrancar á los corazones jóvenes todo lo que tienen de vida; hubo ardientes suspiros que eran tal vez los últimos. ¿Quién podia decir si se volverian á encontrar jamás esas miradas que tan bien se entendian, cuando tras una noche tan dulce se levantaba una tan terrible aurora?

XXV. Los guerreros se apresuran á montar á caballo: fórmanse los escuadrones; la artillería lanza sus estrepitosos carros; todo se precipita; cada cuerpo vá á tomar su puesto de batalla. Y siempre á lo lejos se oyen sucederse las sordas detonaciones del cañon; y más cerca el tambor de alarma despierta á los soldados antes de haber brillado la estrella de la mañana. No obstante los ciudadanos se juntan mudos de terror ó murmuran por lo bajo y pálidos los labios: «Es el enemigo! se acerca! se acerca!»

XXVI. La llamada de los Camerones, hizo resonar su armonía salvaje: es el canto de guerra de Lochiel que oyeron á menudo las colinas de Albyn y los enemigos Sajones. Como retumbaba su acento agudo y salvaje en las tinieblas de la noche! pero el mismo soplo que hincha la cornamusa reanima en el corazon de los montañeses su valor natural, despierta en ellos el recuerdo de los siglos pasados, y hace resonar en sus oidos los gloriosos nombres de los Evan y los Donald.

XXVII. La selva de las Ardenas balancea sobre sus cabezas su verde follage húmedo de las lágrimas de la noche: diríase, si la naturaleza inanimada fuese capaz de dolor, que llora por esos valientes que ahora pasan y que jamás regresarán. Antes de la noche, ¡ay! serán pisoteados como el muzgo por encima del cual marchan al presente: el muzgo los cubrirá con su próxima verdura, cuando todo ese férvido valor que los precipita hácia el enemigo, las grandes espe-

ranzas que los animan se pudrirán con ellos en un lecho profundo y helado.

XXVIII. Ayer, el medio dia los vió llenos de fuerza y de ardor: á la noche mostrábanse llenos de orgullo y de alegría en medio de un círculo lleno de beldades; la media noche les trajo el señal del combate; hoy, la mañana les ha visto formar sus líneas, y el medio dia ilumina el aparato sombrío y magestuoso de la batalla. Una nube atrozante los rodea, y cada vez que se disipa, la tierra de la llanura se cubre de una tierra humana que ella misma volverá á cubrir mañana, hacinando en una fosa sangrienta caballeros y caballos, amigos y enemigos, amontonados y confundidos.

XXIX. Liras mas sonoras han cantado su gloria; y sin embargo hay un nombre que yo querria escoger entre esa ilustre muchedumbre: lo debo á la alianza de familia que con él me unia: lo debo á su padre para con el cual he de expiar algunos extravíos; y en fin los nombres ilustres consagran los cantos del poeta. Ese á quien me refiero brillaba entre los mas bravos; y la lluvia de hierro allí en donde con mas rapidez aclaraba nuestras filas y la tempestad de la guerra do quiera rugia mas terrible, no hirieron un pecho mas noble que el tuyo, ¡oh jóven y valiente Howard!

XXX. Por tí han corrido lágrimas, por tí se han destrozado corazones: ¿que serian mi corazon y mis lágrimas si yo tuviese tal homenaje para ofrecerte? Mas cuando me encontraba cerca del árbol que, viviendo y verde todavía, inclina su follaje sobre el sitio en que recibiste la muerte, cuando miré en torno de mí la llanura rejuvenecida cubierta de un verdor que promete la abundancia, y la primavera, continuando su alegre obra, congrega en sus alas á los desterrados pajarillos, aparté mis miradas de todo cuanto nos traía para fijarlas en aquel que no podia devolvernos.

XXXI. A tí las volví y á tantos miles de valientes de los que cada uno dejaba una vida pavorosa en una familia afligida para la cual el olvido seria un don precioso. La trompeta del arcángel, y no la de la fama, despertará á esos tan llorados héroes. El dulce ruido de la gloria puede calmar un momento, pero no apagar el ardor de los crudos pesares, y el nombre que vimos enaltecer adquiere mas poderosos títulos á nuestras lágrimas.

XXXII. Se llora, pero se sonríe al fin; y sonriendo se llora todavía; el árbol se marchita mucho tiempo antes de caer; el buque navega todavía despues de haber perdido su mástil y su vela; la viga consumida se desprende del techo, pero sus restos embarazan mucho tiempo el pavimento de la sala solitaria; el muro ruinoso permanece en pié mientras sus almenas minadas por los elementos yacen á su rededor; la cadena sobrevive al cautivo que la ha llevado; el dia continúa deslizándose aun cuando las nubes oscurecen el sol: así el corazon puede destrozarse, pero aun destrozado continúa viviendo.

*Continuará.*

### ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Habiéndose presentado en Puerto-Rico algunas dificultades en la gestion administrativa de la Revista, debemos advertir á nuestros agentes de aquella isla y al público en general que los agentes centrales de la revista son los señores D. José Estevan Ramos, (calle de O'Donell núm. 9) y D. Juan Antonio Converte, (calle de Tetuan núm. 23) en la capital, y con ellos deben entenderse para todo lo referente á nuestra publicacion, incluso el pago del abono.

Editor responsable.—José Arrufat y Torrens.

Barcelona: Imp. de Ramirez y Comp.ª—1867.